1529

ADMINISTRACIÓN LÍRICO-DRAMÁTICA
Y
BIBLIOTECA LÍRICO-DRAMÁTICA Y TEATRO CÓMICO

CAÍN

MELODRAMA EN TRES ACTOS

Y EN PROSA

DIVIDIDO EN OCHO CUADROS

ORIGINAL

DE

D. M. Martínez Barrionuevo

10

MADRID

EDUARDO HIDALGO
Cedaceros, 4, 2.º

ARREGUI Y ARUEJ
Greda, 15, bajo

1892

CAÍN

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quienes haya celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de las Galerías de los Sres. HIDALGO y ARREGUI y ARUEJ son los encargados exclusivamente del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

CAÍN

MELODRAMA EN TRES ACTOS

Y EN PROSA

DIVIDIDO EN OCHO CUADROS

ORIGINAL

DE

D. M. Martínez Barrionuevo

Estrenado con gran éxito en el Teatro de Novedades *de Barcelona, el 16 de abril de 1892.*

BARCELONA

TIPOLITOGRAFÍA DE LUIS TASSO

ARCO DEL TEATRO, NÚMS. 21 Y 23

1892

AL PRIMER ACTOR Y DIRECTOR

DEL

TEATRO DE NOVEDADES

Mi querido Tutau:

Cumplo con un deber de gratitud, poniendo su nombre al frente de estas páginas; cúmplolo también, haciendo mi gratitud extensiva á todos los artistas que en el desempeño de Caín *tomaron parte, por la fé y verdadero amor que á este pobre* Caín *han demostrado. Dígales V. en mi nombre, que no les duela si algún periódico descontentadizo y rigorista por demás, no quedó satisfecho de la ejecución en tal ó cual detalle, y aludo á la ejecución y no á la obra, porque los defectos que hayan podido poner á ésta, yo no soy autoridad para impugnarlos.*

Respetemos la opinión de la prensa, que tanto puede influir en la vida de un artista, pero convengamos también, en que no ha sido la prensa quien á la ejecución puso defectos, sino algún periódico solamente, como ya dije.

El verdadero crítico, además, es el público, y se ve su opinión, en el entusiasmo con que aplaude siempre á esos queridos artistas. Otra opinión, aunque muy modesta, hay con la del público, la del autor, que está contento y agradecido, y que aprovecha gustoso la oportunidad para manifestarlo públicamente.

M. Martínez Barrionuevo.

671070

REPARTO

PERSONAJES.	ACTORES.
CLARIYA.	D.ª Carlota de Mena.
DUQUESA DE BARBASTRO. . .	» Concepción Ferrer.
JUANELA.	» Concepción Galcerán.
PERUCHA.	» Clotilde Pérez.
RAMONA.	» Salvadora Huertas.
TÍA CHACONA.	» Elvira Morera.
PEQUILLAS.	D. Federico G. Parreño.
SEÑOR CLAUDIO.	» Miguel Pigrau.
D. JULIÁN.	» Teodoro Bonaplata.
JACINTO AROLES.	» Enrique Guitart.
PEDRO.	» Ricardo Esteve.
CRISTOBALÓN.	» Juan Oliva.
PABLO AROLES.	» Vicente Daroqui.
BARATERO.	» Federico Fuentes.
SOLDADO 1.º	» Luis Muns.
BANDIDO 1.º	» José M.ª Ferrandiz.
BANDIDO 2.º	» Luis Muns.
UN MOZO.	» León Odena.
DOS CRIADOS.	

Mozos, mozas, soldados, bandidos, etc., etc.

La acción es en Alcolea, época 1868.

ACTO PRIMERO

CUADRO I

Escena; campiña; fachada de la caseta de un guardaaguja; un emparrado; bajo el emparrado y fuera de él, mozas y mozos. Se supone muy próxima la estación del ferrocarril. Es de noche; la luna alumbra la escena.

ESCENA PRIMERA

CLARILLA, TÍA CHACONA, PERUCHA, RAMONA, PEDRO, CRISTOBALON, mozas, mozos. Clarilla vestirá con cierto primor sin salirse de su condición modesta. Pedro con traje fino también, pero del campo andaluz. Al levantarse el telón aparece Clarilla cantando, rodeada de los otros, que la oirán atentamente.

CLAR. ¡Adiós, ilusiones todas,
adiós, venturoso sueño,
adiós, ya, que todo acaba
con la ausencia y con el tiempo!

(Gran animación; todos gritan, aplauden y jalean, presentando sus copas á Clarilla; ella se mostrará muy orgullosa; Cristobalón acércasele, y dándole su copa le dice apasionado:)

CRIST. ¡Ole por ese pico saleroso y esa garganta de diamante fino!

TODOS ¡Otra vez! ¡Que cante otra vez!

CRIST. (Tomando la caña, que le devolverá Clarilla después de haber bebido.) ¡Si eso no es cantá, cacho de estreya! ¡Si eso é rociarnos á toos de moneiya je cinco duro, jescupías de esos labio de ceresa maúra!

TODOS ¡Que calle Cristobalón! ¡Que cante Clariya!

CHAC. No; que el tren ya viene y mi marío va á salí.

CRIST. (Deteniendo á Chacona, que querrá ponerse junto á Clarilla.) ¡Dejelasté! ¡Siempre á su lao... á su lao! ¡No paresosté madre de esa criatura!

CHAC. (De muy mal humor.) ¿Qué parezco entonse?

CRIST. ¡Un guardia ceví... que la tié presa porque le robó la cara á la Vigen! (Se echan todos á reír, y Chacona hace gestos de mal humor.)

CLAR. Ya me parece que oigo la bocina.

TODOS ¡Vamos á ver el tren! ¡vamos! ¡vamos! (Van alocadamente hacia la vía, menos Clarilla y Pedro; éste habrá permanecido indiferente á todo y algo taciturno.)

CLAR. (Con ironía) ¡Vaya, hombre, anímate, por Dios, que es una fiesta, que no es un duelo!

PEDRO ¿Y por qué me hablas con ese retintín? (Asperamente.) ¿Qué tengo yo que ver con vosotros?

CLAR. Hijo, hay que echar su miaja de correa. ¡No se pica uno tan pronto!

PEDRO ¿Y qué te importa?

CLAR. Me duele. (Irónicamente.)

PEDRO (Con amargura.) ¿A tí?

CLAR. Me duele tu penilla porque Juanela no vino.

PEDRO Oye, Clara: tú tienes muy mal corazón.

CLAR. ¿Sí? (Irónicamente.)

PEDRO Y te va á costar caro el mejor día. ¿Cristobalón te quiere? Cásate con él y déjame tranquilo. Si te eché un requiebro algún día, á broma debiste tomarlo. Quiero á Juanela, ¿lo entiendes? ¡Harta desgracia es la mía con que Juanela no me quiera á mí! (Pedro la deja y va á reunirse con los del grupo.)

CLAR. (Viéndole ir, y desesperadamente.) (No; pero si yo no puedo vivir con sus desprecios!) (Cristoba-

lón, que los habrá estado viendo, se acerca á Clara y oye sus últimas palabras.)

CRIST. Castigo de Dió. Te desprecia como me desprecias tú.

CLAR. (Soberbiamente.) Bueno, ¿y qué?

CRIST. Ná, que el día que menos se piense... (Clarilla no responde; mirándole con profundo desprecio, vuelve la espalda y se une á los otros.)

RAM. ¡Qué ha de vení el tren! Fué un embuste de Clariya pa hablá con Pedro sin que la oyeran. (Aparte á Perucha.)

PER. ¡Tiene una rabia! Figúrate; como que Pedro está por la otra. (Aparte á Ramona; Cristobalón habrá quedado con la palabra en la boca y mirando hoscamente á Clarilla)

CRIST. (Cuando se aleja Clarilla.) (Anda, loba, que yo te amansaré.)

RAM. ¡Cabalito! ¡Como que el señor Claudio va á dejá que su hijo se case con Juanela, una chiquiya sin padre ni madre, que recogió de limosna la tía Genara! (Aparte á Perucha) (Aparece Pequillas con otros cinco ó seis individuos, vistiendo todos el uniforme de infantería española y en traje de campaña.)

ESCENA II

Dichos, PEQUILLAS y los soldados que le siguen.

PER. ¡Ay, si está aquí Pequiya! (Muy contenta, corriendo hacia él.)

PEQ. A la orden, reina de los cielo ji de mi corasón. ¡Perucha!... ¡Mardita sea! (A los compañeros.) ¿No vei qué guapa? ¿No vei? (Todos reciben á Pequillas con grandes muestras de cariño. Pedro le abraza, y los soldados se mezclan con las mozas y mozos)

PER. Pero, hombre: ¿cómo te fué por esos mundo?

Apena si lo vimo esta mañana y apartó á corré sin desí bueno sojos tiene. (A los otros.)

PEQ. La obligación, chiquiya. En cuanto á mí me tocan la corneta, me se ponen los pelo de punta... ¿Tú no ha sío melitá ninguna ve? (A Perucha, picarescamente)

PER. ¡Qué bárbaro!

PEQ. Po si tú no ha sío melitá, no digo una palabra. ¡Qué fatiguitas, madre!

PEDRO Pero, cuéntanos algo de lo que por ahí te pasó.

PEQ. ¡Pa cuento jando yo ahora! Estoy jasta la mesma coroniya.

PER. (Con grandes aspavientos de terror.) ¡Ay, Jesú! ¿Qué pasa?

PEQ. ¡Na, que mos va á ardé el pelo! Que detrá de nosotro vienen má regimientos que Dió, con Serrano á la cabeza... (Todos rodean á Pequillas y á los soldados con ansiedad.) ¡La que se va á armá! (Dándose gran importancia.)

PER. Pequiya de mi arma, ¿qué me cuenta?

PEQ. Como que viene Novaliche por la carretera é Madrí. (A Perucha.) ¿Tú no sabe quié né Novaliche?

PER. ¿Quié né?

PEQ. Un gerená. Viene con más cañone que María Santísima, pa metele á Serrano el resueyo pa entro... ¡Qué gracia! ¡A Serrano!... Miá tú que metele á Serrano... (Las mujeres se miran con terror y dan muestras todos de gran sobresalto.) ¡No haiga mieo, que en la guerra sólo mueren los cobarde!... Y además, ¿no estoy yo aquí?

CHAC. Pero, ¿y tú que hará contra tanta gente?

PEQ. ¿Quién? ¿yo? (Riéndose con desprecio.) Yo voy, y miro co nesto sojo, que san de comé la tierra, al gerená Novaliche, y ná má que de ve que yo le miro, se cae reondo al suelo.

SOLD. (¡Que me parece ya mucho!) (Tirándole del taldón.)

PEQ. Hombre, é jun decí. Si no cae reondo se sienta en una siya.

CRIST. O te da un puntapié que te parte.

PEQ. Tamién, tamién podrá sucedé; pero eso no es cosa que yo lo diga, hombre... bastaba con que él me lo diera.

PER. Bueno, bueno, sigue contando, Pequiya.

PEQ. Pero la guerra... ¡si la guerra é la cosa má salá que hay en er mundo! (A Perucha.) ¿Tú no ha estao en la guerra nunca?

PER. ¡Y dale! ¿Yo qué sé de esas cosas?

PEQ. Hombre, é raro, porque lo que é guerra, ere tú capá e dársela á un regimiento. (Va á tomarla la cara, y Perucha le pega en la mano.)
Cuando senté plasa e voluntario, al instantico ¡pum! á la guerra de Africa. ¡Yevaba un susto que no me podía lamé! Como quisiera andá, las pierna se me golvían bendo; como quisiera hablá, las palarba se me golvían núo je nel gasnate. (A Perucha.)
¿Tú no ha tenío nunca ningún núo?

PER. Sí: angina.

PEQ. Po una cosa iguá. Pero cuando estuve la primera ve frente al enemigo; cuando ví allá, en lo jondo, los turbante ji la jespingarda y oí serca la música haciéndole echá chirivita ja la sangre, y ví los cañone reluciendo co ner só, y la bandera aluego acariciándome la cara como un suspiro de la probecita madre que mo sestá agonisando, me entró el mareo, cerré lo sojo, aprieté er fusí, corrí pa lante, y yo no sé lo que pasó; pero aquí está, aquí está quien pué decirlo! (Golpeándose una condecoración que llevará en el pecho.)

TODOS ¡Bien! ¡Bravo por Pequiya! (Perucha muéstrase muy ufana; Pequillas también. Todos hacen signos de aprobación. Pequillas continúa, con voz entrecortada por el sentimiento.)

PEQ. Allí se queó el probetico de mi amo. (Llora.)

PER. ¡Ay! ¿Y quié nera tu amo?

PEQ. (Dejando de llorar y de pronto:) ¿Y á tí que te importa?

PER. ¡Dispensa, hombre!

PEQ. Un brigadié que se yamaba don Jacinto Arole; yo era corneta. Siempre iba á su laíto. ¡Más güeno que Dió; más cayao cun serrojo; más valiente que la mesma una; más triste cuna mortaja! En toas partes, ¡pum! el primero. ¡Como que iba á que lo mataran y ná ma!...

CHAC. ¡Ay! ¡Probetico!

PEQ. Y lo mataron... pero á traisión. Y no fueron los moro, que fué u nombre vestío de cabayero á quien yo ví co né la noche ante. Era un día mu triste. Mi amo salió solo; yo lo echá e meno y me juí endetrá, endetrá; de pronto, ví siguiéndole ar tío que ya menté; pero mi amo no le veía. Saca el tío una pistola y ¡pum! Cae mi amo sin yo poé ayuarle; el asesino echa á corré, apunto con mi fusí, tiro, ayí se queó muerto, y ¡ojalá resusitara otra vé, na má que pa que yo pudiera, no dale otro tiro, sino jacerlo peazo! (Los oyentes hacen comentarios; Pequillas enjúgase los ojos; Pedro se aproxima á él y le abraza.)

PEDRO Pequillas, eres bueno, y yo siempre soy tu amigo.

PEQ. No creai; y el amo que tengo ahora, é jermano del probetico que murió en Africa; es decí: no es mi amo ni ná, pero como si lo fuera. Estaba en Méjico, vino, supo lo que yo jice, me tomó cariño, y como á las niña de mi sojo le quiero. Don Jacinto se yamaba aqué: don Pablo se yama este; lo mismo que el otro, melitá: ¡el coroné más guapo y más valiente der mundo!

PER. ¿Y está aquí?

PEQ. ¡Digo! y se ganará lo jentorchao; pero en fin, fuera peniya. ¡A cantá y á bailá y venga vino, tía Chacona! (Gran movimiento. Hablan todos á la vez. Perucha da una guitarra á Pequillas y le coge el fusil, muy contenta. Pequillas se dirige á Pedro.)

PEQ. ¡Y tú, Periquiyo, no te ponga triste, hombre! (Muy bajo y cariñosamente.) (He visto á Juanela.)

PEDRO (Pequiyas, ¿es cierto?) (Con gran emoción y alegría.)

PEQ. Es decí, á Juanela, no; á su madre... es decí, á la que le sirve de madre, vamo. ¡La probe vieja está baldá y no se pué mové! (Con sentimiento.)

CLAR. (¿Qué hablarán?) (Observándoles.)

PEDRO ¿Y qué te ha dicho?

PEQ. Que Juanela vá á vení á la fiesta.

CRIST. (Que observará á su vez á Clariya y aludiendo á ella en lo que dice. (¡Siempre en acecho! No sé yo lo que daría por un poco del cariño que á ella no le quieren tomá.)

PEQ. ¿Tú no ha reparao en la florecilla que empiesa nabrirse? Po eso me paeció Juanela. (Mirando hacia la izquierda.) ¡Anda, po si mira por donde viene!... (Entra Juanela; menos Clarilla, todos se le aproximan y la halagan. Juanela es tímida, dulce, encantadora en su misma sencillez.)

ESCENA III

Dichos y JUANELA.

(Al entrar Juanela, se habrá retirado Pedro á otro sitio, con Pequillas, mostrándose muy confuso.)

JUAN. (Aparte, con honda aflicción por Pedro.) (Parece que huye de mí.)

PEDRO (A Pequiyas.) Pequillas, estoy temblando.

PEQ. ¿De qué?

PEDRO De pensar solamente que podría mirarme.

PEQ. ¡Ah! ¿Pero tú la quiere?

PEDRO No se lo he dicho aún... ¡Me dá un miedo!...

PEQ. ¿Y ella no lo sabe? (Pequillas se ríe compasiva

mente.) Yo lo arreglaré tóo. (Se dirige á Juanela.) Has venío que ni de molde.

JUAN. ¿Yo, Pequillas? (Con cierto tinte de tristeza. Pedro mirará con inquietud á Juanela y á Pequillas. Clarilla observará á los tres con muestras de ira que procura disimular.)

PEQ. Aquí hace falta una copla como pa que yo la acompañe con la guitarra; quiero decí, una copla cantá como la mesma vigen.

JUAN. No, eso no, Pequillas.

CRIST. Con sermonsito vendrá. (Burlonamente, aludiendo á Juanela.)

PEQ. (Volviéndose á Cristobalón pausadamente y muy tranquilo.) Vendrá... con lo que le dé la gana.

JUAN. Yo no echo sermones á nadie, Cristobalón; lo que digo es que no canto.

CRIST. ¿Pa qué has venío entonce?

PEQ. Pa lo que le dé la gana.

CRIST. Po me está pareciendo que lo de Africa te dió á tí mucho empuje. (A Pequillas.)

PEDRO (No sé como me contengo.) (Indignado, por Cristobalón.)

JUAN. Vine para cantar y distraerme como vosotros...

PEQ. Dejaté, dejaté. (Interrumpiéndola y separándola un poco, blandamente, hasta unirla á Perucha. A Cristobalón con mucha tranquilidad.) Mira, ¿vé tú esta mano? (Enseñándole la mano derecha.)

CRIST. Con lo sojo. (En tonillo de mofa.)

PEQ. Güeno. (Con la misma tranquilidad.) Po ve tú ahora los deo de esta mano?

CRIST. ¡Con lo sojo!

PEQ. ¡Ajajá! Po la mano y los deo se va na quedá señalaos en tu cara como chiste otra vé; y entonce no lo verá con lo sojo ni con ná, porque del gorfetón voy á echarte de camino lo sojo fuera. (Cristobalón tose guasonamente y Pequillas añade:) Escupe. (Dirigiéndose á Juanela.) Dime tú ahora porqué no canta, Juanela. Anda, mujé,

y no me mire co neso sojo que paesen do jestreyitas vestías de luto.

JUAN. Hubiera cantado, Pequillas, pero ya no, porque he sabido, al venir, lo que ocurre, y pienso en los pobres que van á morir sin una madre al lado que cierre sus ojos con un beso, ni quién les diga una oración al cavar su tumba. Si tú has aprendido en la guerra á no pensar en cómo se muere, yo en la paz he aprendido lo doloroso que es morir sin oraciones y sin consuelo.

PEQ. ¡Eso sí que es metele á uno el alma en un rincón!

PEDRO (Me muero de alegría oyéndola.)

JUAN. ¿Te has incomodado, Pequillas?

PEQ. Cállate, mujé; si é que casi es verdá lo que has dicho.

PER. Ná; que se aguó la fiesta.

CRIST. Los mochuelo sí que se deben quedá en su casa, y no traé la mala sombra. (Aludiendo á Juanela, y en tono resuelto.)

PEQ. (Al soldado que tenga más cerca y mirando de reojo á Cristobalón:) ¡Verás tú este! (Aproxímase Clarilla á Cristobalón; le mira como alentándole á que continúe ofendiendo á Juanela, y le dice rápidamente, aparte y en tono de infinitas promesas:)

CLAR. ¡Cristabalón!

PER. ¿A tí quién te da vela en este entierro? (A Cristobalón.)

CRIST. Lo que yo pongo, é, que si Juanela no canta, habrá quien cante, porque ya lo hizo y le salió mú bien. Y en fin, que no es de la inclusa y tiene padre y madre y se la pué escuchá. (Esto lo dice en tono brutal, duro, agresivo, indicando á Juanela y Clarilla.)

PEDRO ¡Canalla! (Lanzándose á él, antes que ninguno, y abofeteándole.)

JUAN. ¡Dios mío! (Con grito desgarrado de dolor y vergüenza Se apoya sollozando en un hombro de Peru-

cha. Gran confusión. Pequillas sujeta á Pedro; los soldados á Cristobalón. Clarilla queda inmóvil, contraída la cara con horrible expresión de gozo y mirando á Juanela. Pausa. Se oye una bocina, sale un hombre apresuradamente de la caseta con otra bocina y un farol; se mete por la derecha y toca la bocina inmediatamente. Óyese la campana de la estación, luego el ruido del tren, que irá aumentando durante el diálogo hasta que el tren figura pararse.)

SOLD. ¡Aquí no ha pasao ná!

RAM. ¡A la estación, que viene el tren!

TODOS ¡A la estación, á la estación! (Pequiyas se lleva á Pedro, amenazando con el puño á Cristobalón y diciéndole:)

PEQ. ¡Ya te cogeré por ahí! (Juanela va á salir con Perucha.)

JUAN. (¡Y fué Pedro... fué Pedro quien me defendió!) (Con profundo amor y alegría. Van á salir y aparece el Sr. Claudio.)

PER. ¡El señor Claudio!

JUAN. (¡Su padre!) (Con gran turbación.)

CLAU. Hola, Perucha, vete tú y deja aquí á este pimpollo, que le tengo que decir cuatro palabras.

PER. ¡Ya lo creo que me voy! (Como que está tirando Pequiya de mí.) (Sale apresuradamente por donde salieron Pequillas y Pedro.)

ESCENA IV

JUANELA y el Sr. CLAUDIO.

CLAU. (Sentándose en una silla debajo de la parra; es hombre viejo, pero muy conservado y fuerte.) Vamos, chiquilla, siéntate aquí, á mi ladito. (Arrimando mucho otra silla. Juanela estará confusa, turbada, sin atreverse á levantar los ojos, torciendo un pico del delantal.) Siéntate, muchacha, y hablaremos un poco. (Juanela da un paso hacia él, tímidamente, sin mirarle,

y se pára.) Ven acá y dime lo que te ocurre. Hace ya días que, al pasar por tu puerta, te veo triste, y ahora parece que has llorado. Si lo que tienes es cosa que el médico la cure, médicos te daré yo para que te pongan buena; y si no es asunto de medicina, aquí hay un viejo que sabe algo, aunque no lo parezca, y que podrá curarte con algún consejillo que te dé. (Juanela se turba más y baja la cabeza.) Pero, ¿no vas á venir? ó ¿es que te dió el antojo de hacer de tu personita una figura de esas de mármol, de los salones de la ciudad? Porque he de decirte que, aunque sea como estatua... ¡Chirlo! no es tu figura á propósito para estos casucos vergonzantes, sino para un altar de iglesia, con paños blanquísimos y muy bordados y muy llenos de olor á mirra.

JUAN. ¡Señor Claudio!... (Con gran turbación y timidez, avanzando un poco.)

CLAU. Ea, alza esa frente y mírame á la cara, que yo no me como á nadie. Si he de ir por tí, porque la vergüenza se te ha enredado á los pies y no te permite andar, ya me tienes (levantándose y yendo hasta ella) que me levanto y te cojo así, así, de la manita... Ven acá, buena moza, que tenemos que ajustar unas cuentas. (Va á sentarse, y Juanela, á quien había llevado de la mano, se resiste suavemente.) ¿Qué es eso? ¿Lloras aún? Mira, mira... Con la luz de la luna parecen tus lágrimas dos diamantes de esos que ponen en las mejillas á las dolorosas de los templos. (¡Qué guapa es!... ¡Chirlo!) (La besa en la frente conmovido, y Juanela rompe en sollozos.) ¿Qué es eso, muñeca? (Sosteniéndola de la cintura con una mano y enjugándose los ojos con la otra.) A no llorar más y á decirme una cosa.

JUAN. ¿Qué quiere usted que le diga, señor Claudio? (Temblorosamente.)

CLAU. ¿Por qué son esas lágrimas?

JUAN. Yo no sé qué le diga. De oír eso bueno que usted habló.

CLAU. ¡Pues no tienes el corazón muy blando, avechucho! (Ásperamente para ocultar su emoción. Juanela sonríe con gran ternura y timidez, y el señor Claudio se alegra.) Así me gusta. Gracias á Dios que el sol ha salido por esa gloria de tus labios al entreabrirse. Ea, sigue contestando: ¿es cierto que no sabes por lo que llorabas?

JUAN. No lo sé, señor Claudio; de pena me pareció unas veces, de consuelo otras.

CLAU. ¡Chirlo! ¿De consuelo dices? Es cierto entonces: hay en tu corazón algún mal.

JUAN. Mal... mal... no sé qué le diga, señor Claudio.

CLAU. ¿A que vas á marearme con tu yo no sé qué le diga?

JUAN. Es que... la verdad.., (Sin saber qué decir, muy tímida y á vueltas con el pico del delantal.) si yo tengo un mal... no puedo explicarlo. Mala no estoy. Pero me duele... me duele... (Como ahogada por el sentimiento.) yo no sé qué le diga.

CLAU. ¡Y dale bola! (Se sienta y tira de ella con suavidad para que se siente también; la coge de los brazos y la mira fijamente.) Mírame. (Al cogerla se deja caer de rodillas ante él. Las dos caras muy juntas.)

JUAN. Y mirándole ¿me curaré? (Con infinito candor.)

CLAU. ¡Chirlo! Ahora sí que te cogí. Mala estás cuando me hablas de cura. (Juanela inclina la cabeza tristemente. El señor Claudio la mira y exclama con desconsuelo, como si le ocurriera una idea triste:) ¡Ah, Juanela! ¡Ya sé lo que tienes! (Levanta ella la frente con terror, creyéndose sorprendida en el secreto de su amor á Pedro.) Tú amas á algún hombre. (Juanela inclina la frente otra vez.) Tú tienes un *querer* que se te metió en el alma y te la está amargando. (¡Y yo que ya eché las cuentas con mi Perico!) Baja la cabecita, bájala y llora, que otras más firmes que la tuya, aunque sean más viejas, también se inclinan. Ya

ves... ya ves tú como yo también lloro.

JUAN. ¿Y por qué llora usted, señor Claudio? (Con profunda ternura.)

CLAU. ¿Quieres saber la causa? (Ásperamente.)

JUAN. Si puedo consolarle, sí.

CLAU. ¿Y si yo supiera que no puedes?

JUAN. Entonces... ¿para qué?

CLAU. ¿No eres curiosa? (Juanela se encoge de hombros con tristeza.) (¡Chirlo! Cuanto más hablo con este muñeco más me demuestra lo que vale.) Ahora mismo vas á decirme una cosa.

JUAN. (¿Qué será ello?) (Reflexivamente.)

CLAU. ¿Quién es ese hombre?

JUAN. ¿Qué hombre?

CLAU. El que tú amas.

JUAN. No, eso no. (Con dolorosa firmeza. Pausa breve. El señor Claudio parecerá sorprendido. Luego seguirá con arranque de niño voluntarioso.)

CLAU. ¡Si lo quiero saber, Juanela! ¡Si me lo tienes que decir! (En tono de súplica.) Vamos, dímelo: ¿es Antonio el de la calcetera?... No; ese no, porque Antonio tiene novia. ¿Venturica el muletero? ¡Qué idea! Tampoco. Venturica es un mulo de verdad, y tú no has nacido para enamorarte de ningún mulo. ¡Ah! ¿Sería el hijo de Melones, el que está ahora en la remolacha? No; tampoco... Si fuera alguno de esos, te hubieses vendido al oírme nombrarlos. En fin, sea lo que sea, no me quedaré sin hacerte la principal pregunta y sin que me dés la contestación, aunque los sentidos se me vayan y aunque luego la pena me coma. Juanela: ¿quieres casarte con mi Pedro que se muere por tí? (Suplicante y profundamente conmovido.)

JUAN. ¡Señor Claudio! (Esta frase será un grito del alma, hondo, apagado, de gran sentimiento y amor, que vende á Juanela.)

CLAU. (Loco de alegría porque comprende al instante.) ¡Chirlo! ¡Chirlo! ¡Si es á Pedro á quien la chiquilla

quiere! ¡Es á Pedro! ¡Abrázame! (Abrazándola.) ¡Torpe, bruto, que no lo conocí! ¡Ahora sé por lo que lloraba!... ¡Chirlo! ¡Chirlo! ¡Chirlo!

JUAN. Señor Claudio, ¿pero es verdad?...

CLAU. ¿Cómo si es verdad? ¡Si no tengo paciencia para aguardar á mañana! ¡Vamos, vamos á publicar la noticia! ¡Verás qué fiesta! Alégrate... ¡Chirlo! y no llores. (Se la lleva por la izquierda.)

JUAN. ¡Es que lloro de felicidad!

ESCENA V

PEQUILLAS, solo.

PEQ. (Entra mirando á un lado y á otro, como si buscara á alguien.) ¡Digo! ¡Po si no hay naide! Ni Juanela tampoco. ¡Qué lástima que no estuviera aquí ahora Cristobalón (Con un gesto de amenaza.) Y yo que vine á vé á Juanela... y á sacá la cara por Pedro; es decí: á cargarme el arca... No; y si no hay quien los case, yo los caso; y si ella no lo quiere, yo le haré que lo quiera. (Mirando á la izquierda.) ¿Quién vendrá ahora? (Quédase suspenso y como si quisiera recordar.) Esa vó... ¿De dónde conozco yo esa vó? De mucho, de mucho tiempo tié que sé... Vienen aquí... ¡Anda, y la luna se va! (Ocúltase la luna.) ¡Malegro! (Apartándose para no ser visto de los que llegan.)

ESCENA VI

PEQUILLAS, D. JULIÁN, CLARILLA, EL BARATERO, confidente de D. Julián.

(Clarilla hace que se va á meter en la caseta y D. Julián la detiene.)

JUL. Espera; he querido hablarte de un asunto que te podría interesar.

CLAR. ¿A mí? (Con extrañeza.)

PEQ. (Pero si yo conosco á ese tío).

JUL. Me llamo don Julián Nadales y vengo á este país para negocios de importancia.

CLAR. ¿Y qué tengo yo que ver con sus negocios? (Bruscamente.)

JUL. No hay que impacientarse: al bajar del coche, en la estación, te oí hablar con otras muchachas y pronunciaste un nombre.

CLAR. Y ¿qué nombre fué ese?

JUL. El de Juanela.

CLAR. ¡Ah! (Con profundo rencor.)

JUL. Y lo que me agradó sobre todo y me hizo entrar en deseos de hablar contigo, fué... que tú no hablaste bien de ella.

CLAR. Ni mal. (Turbada.)

JUL. No hay que fingir; tú no eres amiga de Juanela; yo tampoco soy amigo suyo. Eso debe bastarte. ¿Nos entenderemos ó no?

CLAR. ¿Qué desea usté? (Resueltamente.)

JUL. Poca cosa; por el pronto, unos informes de ella.

CLAR. Pregunte.

JUL. ¿Quiénes son sus padres?

CLAR. No se le conocen.

JUL. ¿A cargo de quién está?

CLAR. De la tía Genara, una vieja impedida á quien el señor Claudio proteje.

JUL. ¿Quién es el señor Claudio?
CLAR. Un rico del pueblo.
JUL. (Al Baratero.) (Hay que estar sobre aviso.)
BAR. Señor... (Inclinándose servilmente.)
JUL. ¿Qué edad tendrá Juanela? (A Clarilla.)
CLAR. Diez y seis años.
JUL. (Es ella.) (Al Baratero.)
BAR. (Inclinándose.) Señor...
JUL. ¿Y cómo vino Juanela á poder de la tía Genara?
CLAR. Cuéntase que un cabayero le pidió que se encargase de la niña, ofreciéndole enviar todos los años algún dinero; pero no envió ninguno.
BAR. (Ella es).
JUL. Sigue.
CLAR. La tía Genara la tomó cariño y no la quiso abandonar.
JUL. Bueno; otra pregunta para concluir: ¿estás decidida á ayudarme, si se ofrece?
CLAR. ¿Y qué me dará usted?
JUL. Te haré rica.
CLAR. No; quiero más.
JUL. ¿Más que eso?
CLAR. Que se lleve usted de aquí á Juanela para siempre.
JUL. (Cuestión de celos; mejor.) (Al Baratero.) Prometido. (A Clarilla.)
CLAR. Esta es mi casa. (Señalando la estación.)
JUL. Te buscaré si conviene. Adiós. (Clarilla sale como para dirigirse nuevamente á la estación.)
PEQ. (Anda, que yo te ajustaré las cuentas.) (Por Clarilla.)

ESCENA VII

Dichos, menos CLARILLA.

JUL. ¿Qué te parece, Baratero?
BAR. Nada me parece bien, como no demos antes

con la excelentísima señora duquesa de Barbastro, hermana de V. E.

JUL. La duquesa de Barbastro no es ya mi hermana. Yo cambié de nombre y nada de común puede haber entre nosotros, si no es mi deseo de obtener su riqueza y continuar mi venganza. (Con reconcentrada furia siempre que se refiera á su hermana ó hable con ella.)

BAR. Señor...

JUL. En cuanto á lo demás, (Baja la voz, con gran misterio, y Pequillas aproxímase cautelosamente) tengo noticias muy recientes y de buen origen. Cuando robé á Juanela y mi hermana la excelentísima señora duquesa de Barbastro, (Con gran ironía) se encontró sin su hija, recibió un golpe de muerte...

PEQ. (¡Ay, ay! ¡Juanela é hija de una duquesa! ¡Ave María purísima!

BAR. La consoló el amor del marido.

JUL. ¡Brigadier Aroles!... ¡no quiero acordarme!

PEQ. (¡Ah! (Con profunda sorpresa y como si ya sospechase quien es don Julián.) ¡Si no pué sé!)

JUL. Con la muerte de Aroles en Africa, acabó la duquesa de aburrirse de la vida, y para huir de mí, al mismo tiempo, se hizo hermana de la Caridad, refugiándose en un hospital de Córdoba.

BAR. ¿Es posible?

JUL. ¡Cerca las dos! Así me gusta. Con eso ejecutaré mi plan más fácilmente.

BAR. ¿Y si don Jacinto Aroles no ha muerto?

JUL. Yo te fío que sí.

BAR. Por muerto le dan á V. E., y V. E. vive.

JUL. No iban á hacerse dos milagros. (Con aspereza.)

BAR. Señor...

JUL. Al yo matarle me hirieron. ¿Quién fué? Esa, esa es mi pesadilla.

PEQ. (Por vía e Cristo... ¡Si é jel que mató á mi amo!)

BAR. ¿Qué debo hacer?

JUL. Por hoy, nada que se refiera á esas dos mujeres; hay que pensar en otra cosa.

BAR. Escucho.

JUL. Jacinto Aroles tenía y tiene un hermano menor: Pablo.

PEQ. (Mi amo, ese es mi otro amo.)

JUL. Al morir Jacinto hallábase Pablo en Méjico; lo supo, vino, y es el único protector que tiene la duquesa. (Los dos quedan mirándose un momento.) Es preciso matar á ese hombre.

BAR. ¡Morirá!

PEQ. ¡Granuja!

BAR. ¿Qué? (Volviéndose por haber creído oír una voz.) Es el eco.

JUL. Mi hermana se entenderá después conmigo. Estoy arruinado nuevamente, quiero riquezas otra vez, y sus riquezas serán mías. La vida de Juanela me responde de ello. (Hablan bajo un momento.)

PEQ. (¿Y qué hago yo, madre de mi alma?)

BAR. Obrarán como autómatas.

JUL. Baratero... mira lo que haces.

BAR. Iré con cuidado; además, no conocen á V. E.

JUL. Vamos, que viene gente. Tú, al negocio. Yo á Córdoba. Cuando me necesites, acuérdate: por el postigo del callejón de Abades. (Se va apresuradamente por la izquierda y Baratero por la derecha. Pequillas muéstrase muy agitado y confundido, sin saber qué hacer.)

PEQ. Si corro detrá de uno, se me va el otro; si voy á mi amo, se me escapan los do; si me queo aquí, puen matá á mi amo mientra... (Tirándose del pelo y golpeándose la cabeza con cómica furia.) ¡Mardita sea tu estampa, Pequillas, que no sirves pa ná! (Quiere ir ya por un lado, ya por otro, para seguir, ora á Baratero, ora á D. Julián, y sale al fin corriendo por la izquierda.)

ESCENA VIII

JUANELA, el Sr. CLAUDIO y Pedro, entrarán acompañados de los personajes de la escena primera. Juanela y Pedro del brazo y hablando calladamente, muy felices y sin cuidarse de nadie. Clarilla los observará con gesto sombrío. Cristobalón observará á Clarilla.

PER. ¡Que nochesita, válgame Dió!

RAM. Y veremo cómo será el día, porque ya empieza á amanecé.

CHAC. ¡Ay, señor Claudio! ¿y me erribarán la casa?

CLAU. ¡Qué derribar ni qué niño muerto!...

CHAC. Si dicen que se va nanreá á cañonazo...

PER. ¡Ya lo creo! Como que uno vá pa cá y otro viene pa ya, y no hay ma remedio que uno de los do tié que seguí el camino y jacé lugá pa que e lotro no le estorbe.

CLAU. ¡Ay Perucha! ¡Tú no comprendes la gran filosofía de las palabras que has pronunciado!... Ese, ese es el mundo, esa es la humanidad. Caigan unos para que pasen otros. ¿Y qué encuentra el vencedor cuando se abrió paso? Lo de siempre: su aspiración tomando la última forma: el hoyo que encierra su ataúd!

PER. ¡Señor Claudio, que mo estasté poniendo carne é gayina!

CLAU. Tenéis razón, chiquillos: soy un loco en decir esas cosas. Viva la gallinita y viva con su pepita.

PER. Mirosté esos, como saben viví. (Por Juanela y Pedro.)

CLAU. Conforme; quereos mucho; (A Juanela y Pedro.) pero el amor no quita para que los buenos corazones alienten; al contrario: la caridad es una auréola del amor. Os casaréis cuando el país se tranquilice, y mientras tanto debemos

pensar en los pobrecitos que morirán muy pronto. ¿Sabéis una cosa?

TODOS ¿Qué? ¿qué?

CLAU. Que nosotros también tomaremos parte en la guerra.

CHAC. ¡Ay, qué mieo!

PER. ¿Cómo? ¿cómo?

CLAU. Curando á los heridos; mi casa es grande y haremos de ella un hospital. Sois hermosas, ya lo sé; pero vuestra mayor hermosura será el recuerdo glorioso de que en una ocasión hubo muchas víctimas en vuestro país, y que las socorristeis á todas, y á todas las consolasteis; que cada una de vosotras fué una hermana de la caridad; que los heridos tuvieron quien los curase y los muertos quien les rezase.

(Profunda sensación en los que oyen.)

PER. Sí, vamos.

PEDRO ¡Ya lo creo que iremos!

JUAN. Nuestra felicidad será luego más grande. (A Pedro.)

PEDRO ¡Y no está aquí Pequillas para que lo sepa! ¡Él, que te buscaba para decirte que me quisieras!...

ESCENA IX

Dichos y PEQUILLAS, que entrará precipitadamente y como presa de gran fatiga é inquietud.

PEQ. ¡Al fin se me escaparon los do!...

PEDRO ¡Pequillas, soy feliz; nos casaremos! (Yendo á él y abrazándole.) Pero, ¿qué te pasa?

CLAU. ¿Qué es eso, Pequillas?

CHAC. ¿Sa armao ya la gorda?

PEQ. Señor Claudio, Pedro, vengan ustés aquí. (Llevándoles aparte.)

JUAN. (¡Dios mío, qué angustias están ahogándome!)

CLAU. ¿Qué pasa, Pequillas? (Aparte los tres.)
PEQ. Juanela tié padre; yo lo conozco.
CLAU. ¡Jesús!
PEQ. Es decí, lo tenía.
PEDRO ¿Y quién era?
PEQ. Y madre; no la conozco, pero sé quié né... ¡Uff! ¡Qué lío, virgen de mi alma!
PEDRO Explícate de una vez, ó me volverás loco.
PEQ. He visto á don Julián.
CLAU. ¿Y quién es ese don Julián?
PEQ. Aquí hay quién lo sabe, pero no querrá decirlo. (Por Clarilla, sentenciosamente.)
PEDRO Pero acaba de decir quién es.
PEQ. Un granuja. El que mató á don Jacinto Arole en Africa, y que yo dejé como muerto.
PEDRO ¿Y no murió? (Con gran sorpresa.)
PEQ. No.
CLAU. Pero, ¿qué tiene que ver ese asesino con la familia de Juanela?
PEQ. Es que robó á Juanela y la trajo aquí mucho ante de matá á mi amo.
PEDRO Estás atormentándonos, Pequillas, ¿qué más hay?
PEQ. Mu clarito: que don Jacinto Arole era el padre de Juanela... y que la madre é juna hermana de caridá que anda por Córdoba... y que va na matá á mi amo don Pablo... y que yo le voy á pegá fuego ar mundo! (Como si le ahogara el sentimiento.)
PEDRO ¡Pequillas, habla, por Dios!
CLAU. (¡Es providencial!) (Pequillas va á seguir, pero se oyen de repente las cornetas tocando llamada y tropa.)
PEQ. ¡Por vía e María Santísima! (Va á salir y Pedro le detiene.)
PEDRO y PER. ¡No te vayas!
PEQ. Ya no pué sé, que me están llamando.
PEDRO ¡Pequillas!... (Suplicante. Juanela los mira con profunda inquietud.)

PEQ. ¡Hala, hijos! ¡Er cielo va á ardé hoy! ¡Adiós, Perucha! (Sale corriendo con los otros soldados.)

PER. ¡Pobretiyo! ¡el alma se me vá co né!

ESCENA X

Dichos, menos PEQUILLAS y soldados.

JUAN. (A Pedro y al señor Claudio.) ¿Qué os dijo Pequillas?

CLAU. Cosas de su amo. (A Pedro.) ¡Pedro, valor! (A los demás.) Acordaos de vuestra promesa. ¡Velemos por los que van á sufrir, para que Dios vele por nosotros! (Salen todos menos Cristobalón y Clarilla.)

ESCENA XI

CLARILLA y CRISTOBALÓN.

CRIST. (Deteniendo á Clarilla) ¿Por qué te vá sin mirarme siquiera?

CLAR. ¿Qué tengo yo que ver contigo?

CRIST. Clara, deja á ese hombre; no te quiere y yo sí; nos casaremos; tuya será mi viña y mi olivá. Seré honrao y ninguno ha de quererte como yo; no seas mala y no me jagas malo á mí.

CLAR. ¿Y qué sé yo si no quieres engañarme también?

CRIST. ¡Engañarte, cuando estoy muriéndome por tu cariño!...

CLAR. ¿Serías capaz de probarme ese cariño?

CRIST. ¿Cómo? ¡Habla!

CLAR. ¿Te atreverías á matar á un hombre?

CRIST. ¡Clariya!...

CLAR. ¿Te atreverías?

CRIST. Sí; pero si ese hombre es Pedro.
CLAR. Pedro, lo has acertado.
CRIST. ¿Y qué me darás?
CLAR. No pongas precio; cóbrate después á tu gusto. ¿Para qué me quiero yo á mí misma, no pudiéndome dar á él? (Con fiereza.)
CRIST. Vienen...
CLAR. Disimula; hablaremos cuando haya ocasión.
CRIST. ¿Dónde?
CLAR. Ya te avisaré. (Se oyen cornetas, y el cañón retumba á lo lejos. Mujeres, niños y ancianos entran como si huyesen, replegándose con exclamaciones de terror para dar paso á la tropa; precipítanse en la escena, atravesándola de izquierda á derecha, columnas de soldados á paso de carga y calada la bayoneta; baterías, mulas, el general Serrano. Gran animación y propiedad.)

ESCENA XII

D. JULIÁN y BARATERO.

(Muy apresurados; conversación rápida y misteriosa. Se oye el cañoneo, toques de carga y fragor del combate pero todo muy lejano.)

JUL. ¿Todo está dispuesto?
BAR. Todo.
JUL. ¿Me das tu palabra?
BAR. El tío de Juanela morirá hoy, aunque no lo maten las tropas de Novaliches.
JUL. Perfectamente; ya sabes, en Córdoba estaré.
BAR. Comprendido. (Sale por la derecha, detrás de las tropas.)
JUL. ¡Duquesa de Barbastro: tu título y tu fortuna serán míos! (Sale por la izquierda.)

MUTUACIÓN.

CUADRO II

El río Guadalquivir; sobre el río el puente de Alcolea visto por la parte de Córdoba; al fondo, las montañas; á la izquierda, entre las montañas y el puente, la casa del Capricho, cuartel general de Serrano, y baterías que disparan sobre las tropas reales. En el puente, la lucha. Novaliches, cayendo herido del caballo. Este cuadro será plástico; en primer término y de modo que el público lo note al instante, Pequillas con la cabeza vendada y hecho girones el traje, procurando cargar en sus hombros á su amo, que parecerá herido y expirante.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO

CUADRO III

Antesala en casa del Sr. Claudio: puerta al foro que se supone del salón convertido en hospital de sangre; mesa con botiquín. Una hermana de la caridad. Juanela, Perucha, Ramona, entran y salen, ayudando á á las hermanas en calidad de enfermeras. Al levantarse el telón aparecerán hablando la duquesa de Barbastro, de hermana de la caridad, y el padre de Pedro. Retumba el cañón muy lejano y alguna vez se oyen tocar las cornetas también á gran distancia.

ESCENA I

DUQUESA, Sr. CLAUDIO, después JUANELA.

CLAU. Ya lo creo, señora duquesa.

DUQ. Amigo mío, la impresión que me ha causado la vista de esa joven, (Por Juanela.) tan hermosa y tan buena, me hizo débil por un momento, y sin conocer á usted casi, le revelé mi nombre. Ya que sucedió así, ruégole encarecidamente que olvide á la duquesa de Barbastro para ver sólo en mí á la hermana de la caridad. Se lo pido, se lo ruego por esa preciosa niña á quien tanto ama.

CLAU. ¡Que si la amo!... ¡Como que se casará muy pronto con mi hijo Pedro! (Si no le doy la noticia creo que me ahogo.)

DUQ. (¡Va á casarse! ¡Y pensar que mi hija tuviera ahora la misma edad!) (Con tristeza profunda.)
CLAU. Por los demás, descuide V. E.
DUQ. Ni tratamiento tampoco. ¡Estaría bueno!
CLAU. Pues ni tratamiento, descuide usted.
DUQ. Sor María de la Concepción me llamo.
CLAU. ¡Ah, señora! ¡Si todos los ricos y todos los aristócratas fuesen como usted!...
DUQ. Sí... sí... Pero ¿dice usted que va á casarse?
CLAU. ¿Quién, yo? ¡Ave María purísima!
DUQ. No; hablaba de Juanela.
CLAU. Con mi hijo Pedro; es uno que trajo ya dos heridos. (Muy contento y orgulloso.)
DUQ. ¿Sí? Un valiente y generoso joven. ¡Será digno de ella!
CLAU. Gracias, señora: esas palabras, en boca de usted, me llenan tanto de orgullo... que no quepo en mí.
DUQ. Él, parece muy bueno, y lo ha probado de verdad en este horrible día; ella también lo es. ¡Si viera usted lo extremosa, lo afable, lo solícita que se muestra con todos!... Parece que su vida la pasó cuidando enfermos... ¡Dios la dará el pago! Será muy feliz con su hijo de usted.
CLAU. Debía serlo; (Con desaliento.) pero el corazón está dándome, yo no sé porqué, algo muy triste, desde que supe que ha parecido la familia de Juanela.
DUQ. ¿Cómo? (Profundamente sorprendida.)
CLAU. ¡Si Juanela nunca ha conocido á sus padres!
DUQ. (¡Dios mío! ¡Hasta en eso!) (Con gran emoción.)
CLAU. Lo que usted oye.
DUQ. Y usted, hombre de cierta posición, que puede casar á su hijo ventajosamente, acoge con gusto el amor que Pedro profesa á una joven pobre y de padres desconocidos! (Muy conmovida.)
CLAU. Soy viudo; no tengo más que á mi Pedro;

mi fortuna es del muchacho y no necesita la de ninguna mujer. Además, Juanela, con el corazón y los candores que tiene, vale más para mí que la dama de más arraigo, con perdón sea dicho, y su misma virtud puede limpiar, á mis ojos, todas las infamias que sus padres hayan podido cometer.

DUQ. Señor Claudio, es usted un hombre de corazón y no me extraña que su hijo también lo sea. (Muy conmovida; estréchale la mano. El Sr. Claudio proseguirá muy conmovido también.)

CLAU. Y ahí está; ahí está á lo que yo antes me refería. Resulta ahora que la familia parece, y ¡quién sabe si no se opondrá á la felicidad de los muchachos, impiendo que se casen!

DUQ. ¿Y cómo impedir ese matrimonio, si se aseguran de que en él consiste la felicidad de Juanela?

CLAU. Eso es lo que yo digo.

DUQ. Una sola palabra tengo que añadir, señor Claudio: mi fortuna y mis influencias, las pongo á su disposición, si se necesitasen, para que esos jóvenes consigan su felicidad.

CLAU. ¡Ah, señora! ¡Qué buena es usted!... (Quedando pensativo y de pronto:) Y ¿quién sabe... quién sabe si no conocerá usted á esos señores?... Gente de viso se me figura.

DUQ. ¿Sí?

CLAU. Por lo que ha contado Pequillas, muchacho de este país que hizo la campaña de África, el padre de Juanela fué un militar de alta graduación y de muy ilustre familia, muerto traidoramente en una de las primeras acciones. (Mientras habla el Sr. Claudio, la duquesa habrá ido manifestando la gran sensación que sus palabras le producen.)

DUQ. ¡Dios mío!

CLAU. Pero ¿qué le pasa?

DUQ. No sé... no sé... Sus palabras me están aho-

gando por las angustias que me recuerdan. ¡Yo también he tenido en mi vida trances muy dolorosos! (Con profundo desconsuelo.)

CLAU. ¿Usted?

DUQ. ¡Sí! Por un enemigo cruel é implacable que siempre nos persiguió... Pero ¡basta! (¡No quiero decir que ese enemigo es mi propio hermano!) Juanela será feliz y lucharemos todos por conseguirlo.

CLAU. Dios la bendiga á usted; voy... voy á buscar á Pedro, que ya me tiene con inquietud. (Entra Juanela.)

JUAN. ¿Se va usted, señor Claudio? (Dirigiéndose á él, viendo que éste se marcha.)

CLAU. No te inquietes, hija, que estás muy bien acompañada.

DUQ. Vaya usted, señor Claudio, vaya usted. (Cariñosamente.)

CLAU. (Parece mentira que una mujer tan santa pueda tener enemigos.) (Sale.)

ESCENA II

DUQUESA, JUANELA.

JUAN. ¡Qué triste se ha quedado usted, señora!

DUQ. Hija mía, no es para menos el cuadro que nos rodea. Además, asaltáronme ideas muy amargas, por lo que hablé con el padre de su novio.

JUAN. ¡Ah! ¿Usted sabe?...

DUQ. Me dijo el señor Claudio que es usted muy buena y que se casará muy pronto con su hijo. ¡Yo le contesté que serían ustedes muy felices! (Con amargura y sonriendo)

JUAN. ¿Es verdad, señora? (Muy contenta.)

DUQ. Sí, hija mía, pero voy á darle un consejo.

JUAN. ¡Con cuánta alegría lo escucharé!... ¡Es usted tan buena!...

DUQ. No se confíe usted ciegamente en brazos de la felicidad; sea usted dichosa, pero sin olvidarse nunca del porvenir, ni de la desgracia de los que la rodeen. Yo era feliz con mi marido y con mi hija; con mi riqueza y con mi nombre ilustre. Sólo pensaba en mí, sin atender á la desgracia de los otros... y ¡quién sabe si por eso Dios me ha castigado, haciendo que matasen á mi marido traidoramente, arrebatándome á mi hija de mi alma, que no sé si ha muerto ó si vive aún, y dándome un hermano envidioso y miserable que deshonra nuestro nombre y que causó todas mis desdichas! (Llorando.)

JUAN. ¡Oh, Dios mío! ¡Señora, cálmese usted y no llore! ¡No llore!

DUQ. Un solo protector me queda contra el miserable. Un hermano de mi marido, militar como él; supe que vendría con las tropas del general Serrano, y pedí, por eso, que se me destinase á este sitio: ¡no sé qué horrible presentimiento tuve, de que sería el único medio de verle, por última vez siquiera!

JUAN. ¡Qué ideas tan tristes! ¿Cómo es posible que eso pueda ser?

DUQ. ¡Ah! ¡La desgracia, hija mía, nos convierte en adivinos si un nuevo golpe nos tiene preparado, y hasta nos hace penetrar lo porvenir, para que suframos con anticipación las desdichas que vienen!

JUAN. ¡Qué haría yo para poder consolarla!

DUQ. ¡Gracias, hija mía!

ESCENA III

Dichos y PEQUILLAS, que entra por la derecha seguido de dos hombres que conducirán una camilla con PABLO AROLES herido.

PEQ. ¡Eh! mucho cudiao; por aquí, por aquí. (A los hombres.)

DUQ. ¿Qué es eso? (Aproximándose á ellos.) ¡Otro herido! ¡otra víctima!

JUAN ¡Ay! ¡qué lástima! (Aproximándose también.)

PEQ. ¡Mi amo, Juanela, mi amo!... ¡Mardito sea er mundo! (Con profundo dolor.)

DUQ. Dejad la camilla; no movedle más; veamos ante todo lo que tiene. (Se inclina sobre la camilla.)

PEQ. ¡Como el otro, á traisión! (A Juanela.)

DUQ. ¡Pablo! (Con grito desgarrador al conocer á su cuñado.)

PABLO ¡María! (Reconociéndola también.) Muero... como mi hermano... Guárdate... estoy seguro... me mata... ya sabes quién... Me mata, para que no tengas amparo... de nadie.

PEQ. (Al oír este diálogo queda profundamente atento y mudo de sorpresa.) (¡Ay, ay, que esta é la monja aqueya de quien hablaba er tío!)

DUQ. ¡Miserable asesino, Dios te maldiga! (Desesperadamente, por su hermano.)

PABLO Le perdono... yo le perdono... como le perdonó tu marido... aquel pobre Jacinto... que murió lejos de tí...

PEQ. (¡Si e jella, e jella!) (Asombrado y sin atreverse á creer, oyendo lo que dicen.)

DUQ. ¡Pero podrás vivir! ¡Te curarás! Si uno de mi nombre derramó tu sangre, Dios piadoso ha de permitir que yo la detenga y que yo cierre tus heridas... (Con excitación.)

PABLO Imposible... me siento morir...

JUAN. (¡Dios mío, qué angustias me dan de oírles! ¡Parece que son sér de mi sér y vida de mi vida!)

PEQ. (Hablando solo.) (Roba á Juanela... mata luego al brigadié en África... era hermano de una duquesa que se metió á monja... ¡Por vía e Dió!)

PABLO Sólo siento morir... sin la tranquilidad... de verte dichosa... en brazos de tu pobre hija.

PEQ. (Con explosión de rudo sentimiento.) ¡Eso no! ¡Muerasté tranquilo! ¡Mardita sea!... Que don Julián, el que mató á don Jasinto en África,—y yo lo sé, porque la escuchao á él mismo sin que me viera,—robó ante á la niña, y la trajo aquí, á este pueblo, y se la dió á la tía Genara... y don Julián no é jú nombre, sino hermano d'una duquesa... y dijo que la duquesa s'había metío á monja y que la niña era Juanela... y que yo me voy á ajogá de sentimiento! (Rompe en sollozos. Mientras habla, la Duquesa y Juanela se miran sorprendidas, anhelantes y al acabar Pequillas, ambas se abrazan.)

DUQ. ¡Hija de mi alma!

JUAN. ¡Madre!

PABLO ¡Es ella!... ¡es ella! (Procura incorporarse y Pequillas le ayuda)

PEQ. ¡Sí, mi amo, por la salú mía y la gloria é mi madre!

PABLO Acercaos. (A la Duquesa y Juanela)

DUQ. Ven, hija, ven; es un hermano de tu padre, que ya no existe. ¡De tu padre asesinado como él lo ha sido!

JUAN. ¡Jesús!

PABLO ¡Dios es bueno! ¡Abrázame! (A Juanela,)

JUAN. ¡Con toda mi alma!

PABLO ¡Cuánto tiempo te busqué... para cumplir la promesa que hice á la memoria de mi hermano... mientras tu madre... le pedía á Dios por tí... curando á los enfermos!... ¡Sed felices!... Hermana, abrázame también... Pequillas, vela

por las dos... y perdonad al asesino... Perdonadle... como yo le perdono... (Muere.)

PEQ. ¿Perdonarle? ¡Un rayo que le parta! (Tirando furioso la gorra contra el suelo, sale llorando.)

DUQ. y JUAN. ¡Muerto!

MUTACIÓN.

CUADRO IV

Telón corto de bosque; á la izquierda una cruz renegrida por los años. Empieza á anochecer. Un farolillo de luz moribunda alumbrará la cruz.

ESCENA IV

BARATERO y BANDIDOS.

BAN. 1.° Vigilad con cuidado; por ahí debe venir, que por esta parte da al río.

BAN. 2.° Descuida, que estamos alerta.

BAN. 1.° Aquí dijo que le esperásemos.

BAN. 3.° Y poco debe tardar.

BAN. 1.° *al* 2.° Oye, Pinchazos, ¿saldrá bien todo esto?

BAN. 1.° Como las propias rosas; hay un gran señor entremedio, que no nos dejaría colgados.

ESCENA V

Entra BARATERO apresuradamente.

BAN. 2.° (A Baratero.) Gran faena la de hoy.

BAR. La recompensa, en cambio, no será mala. Mira, Pinchazos: acaba de darme aviso quien está á la mira; un hombre y una mujer van á venir; precisa que la mujer no se nos escape.

BAN. 1.° Corriente, pero oye, Federico, ¿se puede saber quién paga?

BAR. ¿Desconfías?

BAN. 1.° Eso no, curiosidad solamente; tú eres un honradísimo presidiario como nosotros, y no fuera digno desconfiar de un compañero.

BAR. Gracias; yo en cambio os digo, que la recompensa será doble.

BAN. 2.° ¡Hola!...

BAR. Así debe ser, porque no habíamos contado con el secuestro de la niña; sólo se trataba del asunto del coronel.

BAN. 1.° ¡Que era un bravo! Las cosas en su punto. Si no le doy el pistoletazo por detrás, creo yo que nos lisia á todos y se nos escapaba luego. Allá, en la misma embocadura del puente fué.

BAR. ¿Y si os descubrieran?

BAN. 1.° ¡Bah! A río revuelto... ya sabes lo que sigue. Además, nos pusimos los uniformes de unos carabineros, y ¡cualquiera pensaba en nosotros!

BAN. 2.° Se oyen pasos.

BAR. Al escondite y lo dicho: á una voz mía cogéis á la mujer.

BAN. 1.° ¿Y al hombre?

BAR. A ese nada, si no es preciso. (Con desprecio.) Al avío: mientras yo no avise, quietos. Hay que dejarles un poco, por si algo se puede aprovechar de lo que digan. (Se esconden.)

ESCENA VI

PEDRO, después JUANELA.

(Entra Pedro como si estuviese hondamente preocupado; al llegar á la cruz se quita el sombrero; mira á un lado y á otro y se sienta al pie, en actitud meditabunda y triste. Pausa.

Aparece Juanela de pronto muy agitada; busca afanosa, y al ver á Pedro, dice con profunda alegría y corriendo á él:)

JUAN. ¡Allí está!

PEDRO ¡Juanela! (Se levanta y corre á ella.)

JUAN. ¡Oh! ¡no sé lo que me ha pasado!... ¡Qué miedo tuve!

PEDRO No temas, que ya estoy yo contigo.

JUAN. Tenía que hablarte y quise que fuera aquí, al pie de esta cruz. (Ademán de extrañeza en Pedro.) ¿Te sorprendes? Es un misterio que guardaba en mi corazón y yo creí que moriría conmigo; pero ya lo puedes saber. Ya puedes saber que á la soledad de este bosque, que al pie de esta cruz vine todas las tardes, cuando el sol se ponía, á llorar, sin que nadie me viera, el dolor de que tú no me quisieses.

PEDRO ¡Juanela!

JUAN. ¡Pedro!... En los brazos de esa cruz hay un nido de golondrinas. ¡Ellas se fueron cuando el campo iba á cubrirse de escarcha, y mis últimas ilusiones fuéronse con ellas!... Ellas volvieron con el primer suspiro de las rosas al entreabrirse, y mis ilusiones volvieron también, con la seguridad de que tú me querías. *La cruz del Lloro* se llama... no sé porqué; pero lágrimas suficientes derramé yo, para que por mí sola pueda tener ese nombre.

PEDRO ¡Tanto como yo sufrí creyendo que tú no me querías!

JUAN. Amo esta cruz, y quise por eso que ante ella hablásemos. ¡Quién sabe si no la veré más!... Pedro: no sé lo que me pasa. Se me figura en ocasiones que es delirio. La alegría y el llanto se desbordan en mi corazón como torrentes de luz que le inundan y como nubes negras de la tempestad cuando amaga. ¡Qué inesperado lo que ocurre! ¡Qué bello y qué cruel!

PEDRO Basta, Juanela. Pequillas habló conmigo hace

un momento; lo encontré; le dije adonde venía, me lo ha contado todo... Familia tienes y poderosa. ¡Quién sabe si esa familia no querrá darte por marido á un hombre de condición modesta, comparada con la tuya! ¡Quién sabe!...

JUAN. No; no sigas. (Enérgicamente.) Nos separaremos, es muy posible; pero contigo estará siempre mi alma, si sucediera, y al pie de esta cruz te traje para jurártelo.

PEDRO ¡Tiemblo de alegría escuchándote!... Perdóname si tuve un cruel momento de duda.

JUAN. Sí, Pedro: mis ilusiones de niña abandonada y humilde, se cifraron en tí; mis ilusiones ahora, hasta que muera, serán llamarme tuya y morir por conseguirlo.

PEDRO ¡Oh! ¡gracias, Juanela! ¡Estás dándome la vida! Si nosotros nos amamos, si tu familia no se opone á nuestra unión y á nuestra felicidad, ¿quién puede impedirlo?

ESCENA VII

Dichos, BARATERO, BANDIDOS.

BAR. ¡Ahora! (Salen los bandidos de su escondite y cae Pedro sobre Juanela; unos sugetan á éste y otros llévanse á Juanela.)

PEDRO ¡Miserables! ¡Canallas! (Forcejeando por soltarse.)

JUAN. ¡Madre! ¡Madre! (Desgarradamente.)

BAR. Ahógala si precisa, para que no grite.

PEDRO ¡Ah, bandidos! ¡Esperad! (Soltándose á un esfuerzo y sacando una pistola que dispara. Cae uno de los bandidos.)

BAR. ¡Matadle, ó nos pierde á todos! (Saliendo con Juanela y los otros, y hablando á los que quedan luchando con Pedro.)

BAN. 1.° ¡Toma! (Dando á Pedro un golpe con su escopeta.)

PEDRO ¡Ah! ¡Juanela! ¡Socorro! (Cae. Los bandidos restantes huyen.)

ESCENA VIII

PEDRO, PEQUILLAS y soldados que le acompañan.

PEQ. Por aquí, por aquí. (Viendo á Pedro.) ¡Pedro! ¡Por vía é la vigen! (Mesándose los cabellos desesperadamente, cuando le reconoce.)

PEDRO Se llevan... á Juanela. Corre... Sálvala... Pequillas.

PEQ. Me corto las doz mano y me saco lo sojo y me como er corasón mío á bocaos, si no me las pagan toas juntas. (Sale escapado en persecución de los otros, y los que le acompañan cojen á Pedro cuidadosamente y se lo llevan. La cruz bajará por escotillón.)

MUTACIÓN.

CUADRO V

Sala lujosa.

ESCENA IX

D. JULIÁN y BARATERO.

JUL. Estoy contentísimo de tí, Baratero, no lo dudes.

BAR. No comprendo entonces esa preocupación.

JUL. (Es cierto, ¿á qué sirve pensar más?) (Aludiendo á un papel que estrujará en una mano.) Oye: tu determinación de aprovecharte de las circunstancias, trayéndome á Juanela, simplifica mucho

mis planes, evitándonos quizá algún disgusto.

BAR. ¿Habló usted ya con ella?

JUL. Esta mañana; y en verdad que me pareció muy hermosa. Una duda tengo: la de que alguien te hubiese visto llegar con ella.

BAR. Imposible; fué á la media noche, todo estaba solitario y el callejón á donde cae el postigo no tiene salida. No hay miedo, si es de confianza la habitación que se le destinó.

JUL. En cuanto á segura... seis ó siete metros bajo tierra: no podría escaparse, ni podrían oírse tampoco sus voces. La casa, además, es de un amigo mío, emigrado con su familia en el extranjero, y al saber que yo venía á Córdoba, me dió autorización y poderes para que yo la habitara.

BAR. No hay que temer entonces.

JUL. Bien; déjame solo: quiero ver á mi hermana y necesito reunir todos mis recursos de imaginación para la lucha que entablaremos.

BAR. Señor... (Inclinándose y haciendo medio mutis.)

JUL. ¡Ah! ¿Tienes á alguien contigo?

BAR. Dos hombres de toda mi confianza á quienes ajusté como criados.

JUL. Bueno; vete y vigila mucho. (Sale Baratero.)

ESCENA X

D. JULIÁN, solo.

JUL. Todo, todo sale á medida de mis deseos. Este condenado papel, es lo que me preocupa. (Por el papel que tiene en las manos.) No tiene firma. (Leyendo.) «Eres un miserable; la hora del castigo sonará muy pronto para tí, y hasta los muertos se levantarán de sus tumbas para pedirte cuenta de tus infamias.» ¡Bah! Es necio verdaderamente preocuparse...

ESCENA XI

D. JULIÁN y BARATERO.

BAR. (Que entra apresuradamente.) Señor, señor, la duquesa de Barbastro está ahí.

JUL. ¿Cómo? (Asombrado.) ¿Y te dió su nombre?

BAR. No; ni yo la conozco; me lo figuro por el hábito que viste.

JUL. (Ella misma sale á mi encuentro... ¿Por qué será?... ¿Cuenta con armas para la lucha, ó viene rendida á implorar misericordia?...) Dile que pase, Baratero. (Al tiempo de irse éste.) Oye; pero quédate cerca, por si algo ocurre.

BAR. Está bien. (Sale.)

ESCENA XII

D. JULIÁN, la DUQUESA.

DUQ. ¡Mi hija, por piedad! ¡Mi hija de mi alma! (Corriendo suplicante á su hermano. Don Julián hace un gesto de triunfo, aparte.) Mi hija, Emilio, y todo te lo perdonaré.

JUL. ¿Y qué sabes tú si tengo yo á tu hija ó no la tengo?

DUQ. Lo sé, porque hay un hombre que lo asegura; un hombre que me enseñó á esta casa y me trajo hasta aquí.

JUL. (¡Quién será ese hombre!) (Con gran inquietud.)

DUQ. Y aunque no me lo hubieran dicho, aunque no lo supiese, ya sé además que sólo un enemigo tengo; que ese enemigo eres tú y que tú solo podías habérmela robado por segunda vez, cuando yo apenas pude dejar en su frente mi primer beso después de tantos años; cuando yo apenas pude llenar su alma con mi primer

caricia, dándole mi corazón y toda mi sangre en ella!...

JUL. Es que yo no la tengo.

DUQ. Mientes: me engañarías cuando te lo propusieses y con lo que se te antojara; me engañarías en todo y con todo; pero eso, nunca. Mientes: mi hija está en tu poder. Lo sé yo. Podrás ser un villano, podrás ser un ladrón, podrás ser un asesino, pero engañar á una madre, eso, nunca. ¡Ni con tus villanías, ni con tus latrocinios, ni con tus asesinatos, has aprendido todavía á engañar á una madre!

JUL. Y bien, sí, la tendrás; pero oye mis condiciones.

DUQ. ¡Habla!

JUL. Renuncia á tu fortuna en mi favor. Obliga á tu hija á entrar en un convento, y continúa por siempre de hermana de caridad... ó enciérrate con ella.

DUQ. ¡Privar á mi hija de su libertad!... ¡privar á mi hija de su amor!

JUL. Peor que eso, fuera... privarla de la vida.

DUQ. ¿Cómo? (Retrocediendo espantada.)

JUL. Yo te juro que lo haré sin miramientos de ninguna clase.

DUQ. Pero ¿y los hombres? ¿Y la justicia y Dios, si la justicia de la tierra no existe? (Con profunda ira.)

JUL. ¡Vienes á sacar ahora unas antiguallas!... De la justicia de Dios, el día del juicio hablaremos; en cuanto á la de los hombres, me tiene sin cuidado; mis medidas están muy bien tomadas. Delátame; me encarcelarán; diré que no soy don Julián Nadales; que soy don Emilio de Santisteban, hermano legítimo de la excelentísima señora duquesa de Barbastro, y la deshonra caerá sobre nuestra familia... aparte de que al cuarto de hora te encontrarás á tu hija á tus pies hecha pedazos.

DUQ. ¡Jesús!

JUL. ¡Fíate... fíate de la justicia de Dios, ni de la justicia de los hombres!

DUQ. ¡Por compasión, Emilio!

JUL. Emilio de Santisteban murió, y resucitará solamente cuando tú me delates, para decir que soy tu hermano... No; no soy Emilio de Santisteban; soy un hombre que se vengó... pero cuya sed de venganza no se agota. Tu marido tenía una hermana, ¡acuérdate! Llegó á amarme, y la amé también; me la negó porque fuí calavera; porque tuve desafíos; porque dilapidé lo que me correspondió de la fortuna de nuestro padre. Dió tu marido su hermana á otro hombre; ella murió á poco, y sin la única persona que pudo haberme regenerado, fuí un miserable: me vengué primeramente robándole á su hija. ¡No me bastó y le maté! Cometí luego crímenes, y lo que empezó por venganza concluyó por oficio. Pero ahora no; ahora estoy cansado de trabajar, y quiero riquezas que tú has de darme.

DUQ. ¡Tiemblo de horror oyéndote! Pues que me vendes á mi hija; te la compro. ¿Cuánto quieres por ella?

JUL. ¡Pobre mujer! Lo quiero todo... y te quedarás contenta. ¡Qué no dará una madre por su hija!

DUQ. Acabemos.

JUL. Ya lo dije: su clausura y la tuya, y que me dejéis en posesión de vuestros bienes.

DUQ. ¡Jamás!

JUL. Hay otro medio: (Pausa.) Cásala conmigo.

DUQ. ¿Contigo? ¡Jesús! Primero que tal sucediese, yo misma, ¿me ves? yo misma la mataba; es decir: si antes el terror no me mataba á mí, de pensar sólo que pude engendrar una hija y que esta hija te pudo pertenecer! (Con arranque de fiera.)

JUL. No volverás á verla si no consientes

DUQ. ¿Y qué? Para eso están las madres; para sufrir por la dicha de sus hijos.

JUL. ¡Morirá!

DUQ. ¡Muera!... Pero advierte que procuraré impedirlo; que ni te casarás con ella, ni será monja, ni lo seré yo tampoco, ni te doy mi fortuna, ni mi libertad, porque ambas cosas las quiero para luchar contigo y para mi hija de mi alma! (Sale enérgica y arrogante sin volver el rostro)

JUL. Pasó el gran chubasco que yo temía, y ahora se ablandará muy pronto. Hablemos inmediatamente con Juanela. Gracias á Dios que se ha ido.

ESCENA XIII

Don JULIÁN y PEQUILLAS.

PEQ. (Que entra muy tranquilo y oye las últimas palabras de Don Julián.) Güeno; pero estoy yo aquí.

JUL. ¿Quién eres tú? ¿Por dónde has entrado? (Sorprendido y colérico)

PEQ. Entré por la puerta; vine con la señora que acaba de salí, que por eso me dejaron dentrá, y ahora le voy á decí quién soy yo.

JUL. ¡Qué osadía!

PEQ. ¿Sacuerdasté de don Jasinto Arole?

JUL. ¿Cómo? (Retrocediendo.)

PEQ. Ya veo que sacuerdasté; mejó. ¿Sacuerdasté de cuando le dió á don Jasinto el tiro por la esparda? (Hace don Julián un gesto de terror; Pequillas lo nota.) ¡Tamién, tamién sacuerdasté! ¡Qué güena memoria! Entonse sacordarasté tamién de aquel tirito que le dieron asté al mismo tiempo?

JUL. ¿Tú? ¡Miserable! (Abalanzándose á él)

PEQ. Alto ahí, ó le suelto dos gofetá manque me ensusie las mano... (D. Julián se contiene)

JUL. (Estoy perdido.)

PEQ. Yo soy, sí, yo soy; yo que le vide hablá una tarde con don Jasinto; que le vide al otro día de disparale á traisión; que vengué al probe allí mismo con otro balazo que le metí asté!... ¡Lástima que no fuá estao la bala envenená, hombre!...

JUL. Acaba, mira que no doy cuenta de mí. (Don Julián se sienta.)

PEQ. ¡Toavía gayea! ¡Eh, eh, qué llanura! ¿Osté quie né pa sentarse delante é mí? (Levantándole violentamente.)

JUL. (¡Que complicación! ¿Cómo quitar á este hombre de mi camino?)

PEQ. ¿Tasté rezando? Falta le jace, porque tiosté el alma condená.

JUL. (Si Baratero viniese.) (Vuelve la cabeza al foro y vé á Baratero que observa; le hace una señal disimuladamente y Baratero contesta con otra de asentimiento y se retira presuroso. Pequillas de espaldas al foro, no se apercibirá.)

PEQ. Le ví asté hablá en Alcolea con Clariya; lo ascuché tóo, y ya que no púe favorecé al hermano de don Jasinto, ahora mos vamo jantendé nosotro.

JUL. ¿Qué quieres? ¿dinero? Te lo daré.

PEQ. ¡Hombre! ¡Qué listo é, y qué pronto lo ha acertao! ¡Parece mentira! Osté, que robó la niña de la duquesa, su hermana; osté, que mató aluego á don Jasinto en Africa, que jizo matá tamién á don Pablo en Alcolea, y entre una muerte y otra sabe Dió las cosas mala que habrasté jecho por ahí; osté, que mandó robá á Juanela de nuevo y darle de puñalás á su novio... osté me va á dá ahora mismo á Juanela, pa que yo se la lleve á su madre, y aluego, ya se verá. ¡Yo tengo más ganas que

Dió de matá á un piyo! (D. Julián no contesta; está inquieto y mirando furtivamente al foro.) ¡Hombre! ¿Sabosté una cosa?

JUL. ¿Qué?

PEQ. Que parece mentira que con tóo lo que le dije no se le haiga caío la cara é vergüensa.

JUL. ¿Fuiste tú quien trajo aquí á mi hermana? (Conviene ganar tiempo.)

PEQ. ¡Mira por donde sale ahora!... Yo fuí. ¿Qué hay?

JUL. ¿Y á tí quién te enseñó?

PEQ. ¡Quié nasté no le importa! (Ya me está escamando este tío.) Po jombre; cuando hablabasté con Clariya y el otro charrán de marra, allí, junta la caseta, y que yo estaba acechando ¿no le dijosté á su ayuante que le esperaría en Córdoba, por el postigo del callejón de Abade? Po yo busqué el callejón, y por el callejón el postigo, y por el postigo la casa, y se lo dige á la señora duquesa, y vino, y se fué, y vine yo...

ESCENA XIV

Dichos, BARATERO y dos criados.

BAR. Y nunca más te irás (Echándose con los dos criados sobre Pequillas)

PEQ. ¡Ah, pillos, ladrones! ¡Soltarme! (Luchando por soltarse.)

JUL. ¡Que no grite, y al sótano con la otra!

BAR. ¡La mordaza! (A los criados.)

PEQ. ¡A mí no ma mordaza naide! Asesino, ladrón! (A D. Julián, queriendo soltarse.) ¡Traicionero! ¡Permita Dió que la casa se junda y te coja!

JUL. Al sótano... y después veremos lo que se hace con él. ¡Sugetadle con fuerza! (A los otros. Pequillas forcejea furioso, y cuando le van á poner la

mordaza, al mismo tiempo que se lo llevan, dice con cómica furia:)

PEQ. Dejarme siquiera... que le diga esto: (A Don Julián.) ¡Malas puñalás te peguen! (Salen todos menos D. Julián.)

ESCENA XV

D. JULIAN, solo.

JUL. Llegué á tener miedo, pero ya estoy tranquilo, y más alegre que antes. ¡Ocho años de pesadilla! Ya pude saber quién me quiso matar cuando yo mataba al otro... Hoy mismo partiré con Juanela muy lejos. Me seguirá, porque la aterraré con la amenaza de la muerte de su madre. Desde lejos y en lugar seguro, impondré mis condiciones, que serán aceptadas; y en cuanto á ese... (Por Pequillas:) A ese no le salva nadie. ¡Todos bajo el yugo! ¡La victoria es ya mía! ¡Andad, muertos, levantaos, levantaos ahora de vuestras tumbas! (Cínicamente y de espaldas al foro. Al mismo tiempo entra por el foro un caballero enlutado, sombrío, solemne, silencioso, y queda con los brazos cruzados, detrás de D. Julián y fijos los ojos en él. Se vuelve D. Julián de pronto, como si lo impulsara algo terrible, y al ver al misterioso desconocido, retrocede horrorizado y exclama:) ¡Jacinto Aroles! ¡El muerto de Africa! ¡Jesús! ¡Si es imposible!... ¡Dime que no eres tú! ¡Es él!... ¡El!... ¡Perdón! (Cae de rodillas, tembloroso, convulso, loco de espanto á los pies del desconocido, que permanecerá en la misma actitud, mudo inmóvil, sin dejar de mirarle. Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO

CUADRO VI

Habitación de la casa del Sr. Claudio en Alcolea.

ESCENA I

DUQUESA, CLAUDIO, JACINTO, JUANELA.

(Aparecerá la Duquesa abrazando á Jacinto muy conmovida; Claudio á un lado y Juanela á otro.)

DUQ. ¡Oh, Jacinto de mi alma! ¡Quién había de figurárselo!

JAC. Sí, esposa mía; vivo para tu felicidad y para la felicidad de mi Juana.

DUQ. ¡Qué bueno es Dios!

JAC. Misericordioso y grande. Después de curada mi herida por el viejo moro que me aprisionó y que todavía me parece contemplar ante mí; cuando pensaba en tu soledad; cuando pensaba en el rigor de mi destino, por arrebatarme á mi esposa después de haberme arrebatado á mi hija de mi corazón, creí volverme loco; pero luego renacía mi esperanza lentamente, llenándome yo de ella, como la luz del día va llenando las anchas naves del templo, aunque penetre tímida y débil por los angos-

tos ventanales... Y era Dios... ¡Dios, que me guardaba la felicidad para después de la prueba!

JUAN. ¡Padre! (Abrazándole. El Sr. Claudio, sin hablar, se muestra muy conmovido)

JAC. Quedé libre... libre después de siete años, sin haber podido, en el desierto donde vivía, mandar á mi patria una sola prueba acusando mi vida. ¡Vine sin darme á conocer! Teníanme por muerto, y tú podías haber encontrado la felicidad junto á otro hombre más dichoso que yo...

DUQ. ¿Yo? ¡Jacinto!

JAC. ¡Gracias! Supe de mi hermano; supe de tí. ¡Qué felicidad, al convencerme de la fe que habías guardado á tu muerto querido! ¡Callé, desgarrándome el alma! Callé, por el juramento que me hice de no presentarme á tí, sin llevar á nuestra hija conmigo.

DUQ. ¡Qué bueno eres!

JAC. Siguiendo la pista de tu hermano por el extranjero, después de dejarte en tu resignada quietud, averigüé, providencialmente, de uno de sus antiguos cómplices, que Emilio robó á una niña en Madrid hace diez y seis años, dejándola en Alcolea á una pobre mujer. Quise arrancarle á tu hermano la verdad, pero perdí su pista de repente por otra de las grandes alternativas de su vida de horrores; y decidido á jugar el todo por el todo, vine á Córdoba; pregunté por tí en el hospital, y estabas en Alcolea. Mi hermano estaba también. —¿Será que Dios quiere juntarnos allí á todos?—dije... Pero no. ¡Aun nos tenía preparada el asesino una nueva amargura que llorar! ¡Pablo! ¡Mi pobre Pablo! (Doloridamente.)

DUQ. Por Dios, Jacinto, no pienses en desdichas. ¡Un instante de expansión siquiera!

JUAN. ¡Padre!...

JAC. Pude encontrar de nuevo al infame, cuando ya robaron á Juanela y quedó Pedro como sin vida al pie de la cruz. Mi desesperación fué horrible. ¿Dónde encontrar? Busqué inútilmente. Una sola esperanza tuve: la de conseguir algo por uno de los miserables que fueron á robar á Juanela y que quedó allí moribundo. ¡Oh suerte! Algún indicio me dió. Indagué sobre aquello, dí con la casa, entré, y al verme Emilio, su espanto fué horroroso. Le hice capitular por sorpresa: «¡Mi hija á cambio de tu perdón! ¡Sí, sí!» Entregómela y me pude presentar á ti, porque te la traje, y cumplí mi juramento.

DUQ. ¡Jacinto!

JUAN. ¡Padre querido! (Ambas le abrazan.)

CLAU. (A Jacinto.) ¿Pero él?

JAC. Le ofrecí perdonarle, y queda perdonado. (Con dignidad.)

CLAU. ¡Ha hecho usted un pan como unas hostias!...

JAC. ¿Por qué?

CLAU. Porque ahora querrá tomar la revancha.

DUQ. ¿Será posible?

JUAN. ¡Qué horror, madre!

CLAU. No haya cuidado, que viviremos prevenidos.

JUAN. ¿Y Pedro?

CLAU. Se salvó milagrosamente; más que la herida, le hizo caer el aturdimiento de un golpe que recibió.

JUAN. ¡Gracias, Dios mío!

JAC. Pero Pequillas... su tardanza me inquieta mucho.

DUQ. ¿Él, no te vió aún?

JAC. No, y figúrate su sorpresa cuando me llegue á ver.

ESCENA II

Dichos y PEQUILLAS.

PEQ. ¡Juanela!... ¡Juanela! (Llamando ansioso y entrando enseguida.)

JUAN. ¡Pequillas! (Corriendo á él.)

PEQ. ¡Gracia ja Dió que respiro; me pareció que no te veía má!

DUQ. ¿Pero cómo pudiste huir?

PEQ. ¡Cómo! ¿Osté ya lo sabe? (Muy sorprendido.)

DUQ. Tengo quien me lo cuente todo. (Sonriendo.)

PEQ. Po osté verá: me cogieron y me llevaron, y yo no quería dir, porque decía yo:—si dejo que me encierren, ¿quié saca d'aquí á Juanela?— De pronto me dió er mareo, tiro, bufo, doy patás, bocaos, grito, me suelto, lo sotro sa chantan pa no armá ruío, salgo en un dos por tré, y dije:—á la ventura é Dió, yo voy á dá parte á la justicia.—La dí, vinimo á la casa otra vé, corriendo. ¡Nadie! Er pájaro voló, meno ju nombre que queaba allí, á quien cogimo y que mos contó que un cabayero fué por Juanela... ¡Y era verdá, era verdá que había ío!

JAC. Gracias, Pequillas. (Adelantando hacia Pequillas que no le habrá visto.)

PEQ. ¡Eh! (Como reconociendo á su amo, retrocede con grandes muestras de asombro.)

JAC. ¿Tan cambiado me puse que no me has conocido?

PEQ. ¡Eeeeeeh!

JAC. Soy yo, tu amo. ¡Jacinto Aroles! Ven y no huyas de mí.

PEQ. Pe... pero... ¡Ave María purísima!... ¿Ere jalma deste mundo ó del otro? (Retrocediendo con rostro espantado y santiguándose y cayendo de rodillas; los demás se ríen.)

JUAN. Vive, Pequillas; es mi padre y no murió en África.

DUQ. Y á tí debemos la dicha de estar juntos ahora. (A Pequillas.)

PEQ. Pero ¿es verdá lo que ven mi sojo?

JAC. Verdad, mi bravo Pequillas: un abrazo.

PEQ. (Abrazándole.) ¡Mardito sea er mundo!... ¡Esto sí que es gozá! (Con gran sentimiento.) ¡Pero si no se pué creé otavía!...

CLAU. Lugar habrá luego para otras explicaciones; ahora es preciso marchar inmediatamente.

DUQ. y JUAN. ¿Cómo? (Sorprendidas.)

JAC. Tiene razón el señor Claudio. Emilio deseará vengarse, no lo dudes. Le desprecié y no me arrepiento; pero es preciso que partamos de aquí, al extranjero, á América, á donde nunca más le veamos.

JUAN. ¿Y Pedro? (Tímidamente.)

JAC. ¿Podrá venir con nosotros?

JUAN. ¡Si puede!... ¡Si puede!

PEQ. (Aparte por Juanela.) (Miá qué bien enterá está.) (Riéndose.)

CLAU. ¿Y os llevaréis á Pedro? (Con gran inquietud.)

JAC. ¡Y á usted también, y á Pequillas, para quien pediré su licencia!

CLAU. ¡Oh, gracias! (El Sr. Claudio y Pequillas se dan la mano muy alegres, y Pequillas salta de pronto:)

PEQ. Alto, que yo no me voy; ustés se van hoy mismo; pero yo me iré otro día. Tengo que hacé aquí un negocio mú importante.

DUQ. y JUAN. ¿Cómo?

PEQ. Casarme con la Perucha.

JAC. Volverás luego ó te la llevarán allí.

PEQ. No, no, no...

ESCENA III

Dichos y un MOZO que entra apresuradamente y dice al señor Claudio con gran misterio:

Mozo. Mi amo, mi amo, ahí preguntan por usté.
Clau. ¿Quién?
Mozo Clarilla, la del guardaguja.
Todos ¡Clarilla!
Clau. Dile que entre. (Se vá el mozo.)
Peq. Ahora que estoy acordándome: ¿y pa qué ibasté esta mañana á verla con tanto misterio? (A Claudio, por Clarilla.)
Clau. Espera, que lo has de saber muy pronto; puesto que necesita una lección, la llevará. Ya no me importa, porque nos vamos nosotros...

ESCENA IV.

Dichos y CLARILLA.

Clar. (Entra con paso firme y la desenvoltura acostumbrada, porque cree al señor Claudio solo; al reparar en los demás, se contiene. Hablará adusta, seca, irritada.)
Clau. ¿Qué es lo que querías?
Clar. No; aquí no.
Clau. ¿Por qué no aquí? ¿qué quieres decirme con eso?
Clar. Quería decir que habláramos en otra parte.
Clau. ¿Por qué? ¿Porque no nos oigan? En ese caso es inútil, porque vendrán con nosotros y nos oirán.
Clar. Pues que sea aquí.
Clau. Que sea.
Clar. Aquí tiene usté el dinero que me entregó esta mañana. (Sacando una cartera del pecho.) Lo que usté me dijo fué para mí tan grande, que pa-

reció volverme loca y no supe contestar. Me echó la cartera en la falda como si ya estuviese todo terminado, y no está terminado todavía; aquí tiene usté su dinero, que yo no me voy de Alcolea ni haré que mis padres se vayan. Si alguien me quiere echar porque me teme, peor para él. Yo no me voy. Si hubiéramos estado solos, con más humildad le hablara; pero ha querido usted avergonzarme, y á mí ningún nacido me hará doblar la cabeza, como no sea de una puñalada que me den.

CLAU. ¡Silencio! ¡Qué modo de explicarse! Nunca has tenido tú mucho de lo de Salomón, pero lo que es ahora, mereciste que te hubiese hecho callar con un par de moquetes muy bien dados en ese lindo hociquito de moza resuelta.

JUAN. Espere usted, señor Claudio.

DUQ. ¡Juana! (Queriéndola separar de allí.)

CLAR. ¿Qué vás á decir tú? (Bruscamente á Juanela.)

PEQ. (Lo que jahora, me lavo yo las mano.)

JUAN. Voy á decir que me estás haciendo mucho daño y que yo siempre te amé y que nunca te hice mal. (Humildemente.)

CLAR. ¡Porque no tienes sangre en el cuerpo! (Con fiereza).

JUAN. ¿Por qué no he de tenerla? ¿Por qué tú has de tener sangre y yo que soy hija de Dios como tú, no he de tenerla también?

CLAR. Porque no; porque no la tienes; porque si la tuvieras, me aborrecerías como yo te aborrezco; me maldecirías como yo te maldigo; harías daño en mi corazón siempre que pudieras, como yo procuro hacerlo en el tuyo.

CLAU. ¿Pero tú no comprendes, animalota, que por eso mismo que la criticas, tiene más sangre que tú y es mejor que la tuya?

CLAR. ¡No me decía usted animal esta mañana, cuando me pidió por Dios que me fuese de Alcolea! (Con acento desgarrado por el dolor y la cólera.)

CLAU. Porque esta mañana me pareciste más razonable, bicho malo.

CLAR. ¡Porque soy mujer me trata usté así!

CLAU. Porque lo mereces, y de igual modo te trataría, aunque fueras un elefante que me aplastara de un manotón.

JUAN. No, por Dios, no le diga usté esas cosas, porque así se irrita más. ¡Si ella no es mala! (Habla con dulzura y aproximase á Clarilla, queriéndola coger una mano. Clarilla la rechaza colérica por la humillación que le produce la generosidad de Juanela, y dice fieramente:)

CLAR. ¡Sí que lo soy! pero no guardo mi rabia, y la escupo; no soy hipócrita como tú, para engañar á todo el mundo. Tú con tus dulzonerías y el viejo con sus amenazas y todo el mundo con la historia de tu valer, me estáis acosando como á una fiera, y fiera me volverán. No engaño á nadie y lo digo: quiero á Pedro, y si no es para mí, para ninguna de las dos ha de ser. ¡Yo te lo juro! (Sale arrojando al señor Claudio la cartera. Jacinto se aproxima á Juanela, que se mostrará muy triste.)

JUAN. ¡Padre mío!

PEQ. ¡Valiente moza está la tal Clariya!

CLAU. No temas tú, que ya te defenderán. (A Juanela).

JUAN. No, por Dios, señor Claudio; no es á mí á quien hay que defender: es á Pedro.

PEQ. (Resueltamente.)
¡Al tren toitico ermundo, y lejo, mú lejo, que yo estaré mientra endetrá de Clariya!

DUQ. Sí, Jacinto; mejor todavía que luchar, y más cristiano, es evitar la lucha.

JAC. ¡Adelante, pues!

MUTACIÓN.

CUADRO VII.

Telón representando la campiña; se verá la aguja colocada á la izquierda, y de tal modo, que figure estar la vía entre bastidores, de bambalinas á foro, un disco con luz encarnada y un palo de telégrafo; es de noche.

ESCENA V.

BARATERO.

De esta... lo que es de esta, no salimo... es decí, no salgo yo. Y tóo por la esperanza de pescar alguna cosa cuando á D. Julián venga la buena. Pero vamo ja vé, ¿no estaba yo mejó de baratero en el café de la Loba? Allí, ni er gayo me tosía; como yo quisiera dinero entraba en la timba... la navaja en una mano... el sombrero en la otra, y así... con una sonrisiya... y con un guiñito... ¡Copo! ¡tóo el mundo boca abajo, muerto de mieo! Yo, tomaba mi parné con mucha serenidá... y así, así es como se gana uno la vida con desencia... ¡Pes! (Escupe truanescamente.) Porque yo he conocío hombres valientes, pero como yo, nadié. (Con gran arrogancia; echa á correr de pronto asustadísimo y se detiene después, mirando á la derecha.) Tranquilízate, Baratero, es Clara.

ESCENA VI.

CLARILLA y BARATERO.

(Clarilla entrará por la derecha; va á dirigirse á la aguja y le sale al encuentro Baratero.)

BAR. Oye, Clara.

CLAR. ¿Qué me quiere usted ahora?

BAR. Mi amo, don Julián, que desea hablarte, te aguarda.

CLAR. ¿Dónde?

BAR. Junto á la cruz del Lloro, lugar solitario donde no han de veros.

CLAR. Pues que venga él, si quiere; yo no puedo faltar de aquí, porque la hora del tren se acerca, mis padres fueron á Córdoba, y yo he de estar en la aguja.

BAR. Se lo diré como me dices. (Se vá Baratero y Clarilla queda inmóvil, como si en su corazón librara inmensa lucha; como si no pensase en nada de lo que le rodea, y de repente grita con explosión:)

CLAR. ¡Pero si no es posible que yo viva así!

ESCENA VII.

CLARILLA, CRISTOBALÓN.

CRIST. (Entrando por la izquierda con una escopeta al hombro) ¡Clariya!

CLAR. ¿Tú también? ¿Qué queréis? ¡Dejadme!

CRIST. Lo que yo quiero es que no te pierdas, Clariya.

CLAR. Pero ¿qué tengo yo que ver contigo? Vete de aquí.

CRIST. Bueno; me iré. Dios te dará algún día una buena hora, y entonce me querrás. (Resignadamente y disponiéndose á salir)

CLAR. No, espera. (Cristobalón vuelve.) (Pero ¿qué es lo que arde en mis ojos y en mi garganta? ¿qué es?)

CRIST. ¿No tacuerdas ya de lo que habíamos hablao?

CLAR. Cosas me suceden, que no digo perder la memoria, sino el corazón y el alma temo que también se me pierdan.

CRIST. Bueno, á viví. (Vá á marcharse de nuevo.)

CLAR. ¡No; no te vayas! (Cristobalón vuelve. Clarilla se

pregunta, mientras, con desesperación íntima.) Pero ¿por qué le llamo, si yo sé que es una locura lo que está poniéndoseme aquí, (Llevándose la la mano á la frente.) y voy á morir desesperada despues, si hago lo que á gritos el dolor y la vergüenza me están pidiendo?)

CRIST. ¿Qué quieres?

CLAR. Espera... espera. Ya voy acordándome. Tú me dijiste que odiabas á un hombre y que le matarías por mí.

CRIST. ¡Le odio!

CLAR. Y que ese hombre era Pedro.

CRIS. Mira, si te digo verdá, le odio mucho, pero no para matarle. Estoy celoso porque las tomao cariño.

CLAR. ¡Mientes! (Furiosa.)

CRIST. ¡No le querías! (Con profunda satisfacción.)

CLAR. A Juanela, á Juanela es á quien quisiera matar de buena gana. La aborrezco. Matarla sería poco. Allí ¿te enteras? Allí, en casa del señor Claudio la encontré... ¡Me han ofendido, me han humillado! Mira, Cristobalón, yo quiero que le mates... ¡Ay!... ¿Tú no me oyes que yo quiero que le mates?

CRIST. Pero á Pedro... al hijo del señor Claudio... ¿es verdad?

CLAR. Quiero matarla á ella; pero aunque la mate, su cariño le dará vida otra vez. A Pedro, sí, porque matando á Pedro... ella se morirá.

CRIST. Bueno, Clara. (No será á Pedro á quien yo mate.) (Vá á salir. Clarilla le ve alejarse con pavorosa incertidumbre.)

CLAR. ¡Y se va!... ¡Y va á matarlo!... ¡Y yo se lo pedí!... (Corriendo hacia la derecha y llamando desgarradamente.) ¡Cristobalón! ¡Cristobalón! (Vuelve Cristobalón taciturno y callado. Ella abalánzase á él.) ¿Adónde ibas? A matarlo ¿no es eso? Pues bien; yo soy una hembra sin sentido. En mí no se debe fiar... No tengo palabra ni te-

són. ¡Yo te pedí su muerte, y ya no, ya no te la pido!... ¿Lo ves? ¿Lo ves como ninguna persona seria debe fiar en mí? Cristobalón... Yo te amaré con toda mi alma, pero no le mates. ¡Yo te pido por Dios que no le mates! (Rompe en sollozos.)

CRIST. (¡La han vuelto loca!)

CLAR. ¡Cristobalón! (Suplicante.)

CRIST. No era á Pedro á quien yo iba á matá, Clariya.

CLAR. ¡Qué bueno eres conmigo!

CRIST. Queda con Dió, y que él te ayude, que bien tace falta. (Sale por la derecha.)

ESCENA VIII

CLARILLA, sola.

CLAR. Ya no le llamo. Ya estoy tranquila. Ahora sé que no le matará, y por eso... por eso me parece que es ahora cuando con más fuerza le odio. ¡No sé lo que me pasa! Quiero esconderme donde nadie me vea; quiero esconderme y llorar mucho... mucho... (Va á salir por la izquierda y se presenta D Julián, que la detiene. Clarilla se mostrará airada al principio y le contesta orgullosa.)

ESCENA IX

D. JULIÁN, CLARILLA.

JUL. (Entrando por la derecha.) Aquí estoy, puesto que lo has querido.

CLAR. Yo no le quiero á usted para nada: usted me mandó á decir que fuera á la cruz del Lloro; no pude, y he contestado que viniera usted aquí.

JUL. Poco dispuesta te veo á cumplir la palabra que me diste. (Con pérfida suavidad.)

CLAR. ¿Palabra de qué?

JUL. De ayudarme; y yo sin embargo, fuí tan generoso que te dí gusto, llevándome á Juanela sin molestarte para nada.

CLAR. Pero vino otra vez, y usted dijo que sería para siempre. (Con ira reconcentrada.)

JUL. Te juro que ahora no volverá. (Sombríamente y aproximándose más á Clarilla. Mira después con recelo, y añade en voz insinuante, muy baja, cogiéndola de una muñeca:) Los padres de Juanela son poderosos; ella es hermosa y cuanto apetece se le logra; ambicionaba fortuna y la tuvo; tú, en cambio, estás en la miseria. Quería oropeles, esplendores, y en los palacios vivirá con las grandes damas; pero tu hermosura se pudrirá en el rincón miserable de tu choza. Cuando Juanela desee á un hombre, todo lo dejará por ella, como tal vez alguno te habrá dejado á tí. (Estremecimiento de ira y dolor en Clara.) ¿Sabes tú lo que es la envidia?

CLAR. ¡La envidia, no!

JUL. ¿Sabes tú lo que son los celos?

CLAR. ¡Cállese usted, por Dios, que voy á volverme loca! (Soltándose bruscamente.)

JUL. Pedro se va con Juanela.

CLAR. ¡No; eso no!

JUL. Gozará cuando ella goce; se mirará en sus ojos; sonreirá con su sonrisa; cuando se acuerde de tí será con mofa, por tu impertinencia de haberte querido oponer á su felicidad.

CLAR. ¡No, no! (Desesperadamente.)

JUL. Te digo que sí. Antes de diez minutos, lo verás tu misma. En el tren próximo parten.

CLAR. ¡Si digo que no!

JUL. ¡Poca cosa eres tú para impedir la dicha de esos dos seres que tanto te desprecian!... (Con profunda ironía.)

CLAR. Todos los males del mundo los quiero para mí; todos, con tal de que no suceda lo que usted dice.

JUL. Un solo medio hay; un medio rápido y seguro. Mira. (Señalándole la aguja.)

CLAR. ¡La aguja! ¡Qué!... (Retrocediendo espantada como sospechando lo que D. Julián propone.)

JUL. Ocho minutos quedan.

CLAR. No comprendo...

JUL. ¿Que sucederá si las cambias?

CLAR. Es horrible...

JUL. ¿Qué sucederá?

CLAR. El tren que debe ir por la otra vía, vendrá por esta... entrará en el puente; podría haber un choque antes de que llegara á la otra estación...

JUL. Y por si no lo hubiera, yo ideé un medio más seguro y pronto.

CLAR. ¡Un medio!... (Con espanto.)

JUL. Volar el puente en el punto mismo de que el tren pase.

CLAR. ¡Y perecerían todos!... ¡No; eso sí que no!

JUL. (En tono horriblemente persuasivo como para acabarla de precipitar. Ella demostrará la lucha inmensa que hay en su corazón.) El Señor Claudio te insultó, despreciándote por Juanela; la hermana de caridad no la tuvo contigo, y casa á su hija con Pedro por robártelo nada más, y porque tú sufras. Pedro se ha burlado de tí porque eres pobre y porque te cree menos hermosa que Juanela; y Juanela, ni aun te tiene aborrecimiento; tan en poco te toma y tan despreciable te cree. Bástale saber que Pedro la ama y que á tí te desprecia. ¿Oyes? Ha llegado el tren á la estación. (Se oye el ruido del tren que aumenta gradualmente y cesa cuando lo indica la frase de D. Julián.) Cuatro minutos faltan.

CLAR. Pero ¿y usted por qué no lo hace?

JUL. (Está vencida.) Yo no sabré; y luego lo que

en tí será una falta de servicio castigada con más ó menos rigor, en mí sería la pena de muerte: además, yo tengo que estar allí... Están esperándome. Y por último: ¡qué me importa á mí que Juanela y Pedro se adoren ó no! ¡que te desprecien ó no te desprecien, ni que cambien su beso de amor entre una carcajada de ironía para tí!

CLAR. ¡Demonio! ¡vete ya, que bastante veneno has dejado en mi sangre!

JUL. Cuatro minutos faltan. (He vencido; vamos á la cruz del Lloro que desde allí presenciaré mi triunfo.) (Sale.)

ESCENA X

CLARA, sola.

CLAR. ¡Ay! ¿Qué me sucede? ¡Si yo no soy yo!... ¡Si he cambiado del todo! ¡Si otra mujer se metió dentro de mí con otro corazón y con otra sangre! ¡Si hasta mi mismo amor á Pedro me parece que es otro! ¡Jesús! ¡El corazón se me hincha y se me sube á la garganta, y me ahoga; sus golpes me dan en las sienes, con ganas de llorar me siento, y no, no quiero llorar... porque voy á llorar sangre... veneno del que ese hombre me infiltró!... (Se oye la campana de la estación y luego el pito del tren. Sensación profunda en Clarilla.) Ellos serán felices, serán ricos... La riqueza ¿qué me importa? Y los tesoros del mundo ¿qué son si se comparan con el que yo tenía aquí guardado para él? (Suena el pito otra vez.) Y ella se llevará mis ilusiones, se llevará mi juventud, se llevará mi vida, porque todo eso está en él... ¡en él! ¡Él lo tiene! ¡Se lo dí yo sin que él lo supiera y sin yo misma saberlo!... ¡Mueran todos! (Va á

lanzarse á la aguja y se detiene horrorizada.) ¡Qué locura! Porque yo estoy loca... yo estoy loca de verdad. ¡Estrellas de los cielos, decidme por compasión que yo estoy loca! ¡Y ellos vendrán ahí! ¡Pasarán con su dicha, y yo que puedo impedirlo les dejaré pasar con ella!... ¡Oh, no! (Va á lanzarse otra vez á la aguja y se detiene de nuevo.) ¡No, Dios mío! El aliento me falta... (Vacila sin fuerzas.) Pero ¿por qué llamo á Dios si el demonio está conmigo y no me suelta el demonio? ¡Mueran! (Empieza á oírse el ruido del tren, que aumenta gradualmente mientras Clarilla habla. Lánzase de pronto á la aguja y la cambia. Transición en el mismo punto, al comprender la horrorosa acción que ha cometido.) ¡Oh! ¿qué hice? ¡No, nunca!... (Queriendo cambiar la aguja de nuevo.) ¡No! ¡No puedo! ¡Van á morir!... (Desfallecidamente y con nuevos esfuerzos para cambiar la aguja.) ¡Imposible!... ¡Imposible volver atrás! (Cae de rodillas.) ¡Socorro! ¡Socorro! (El ruido del tren habrá aumentado. A las últimas palabras de la actriz, que las pronunciará entrecortadamente por el espanto y el trastorno físico que hay en ella, se oye dentro una voz formidable y espantada que domina el ruido del tren.)

Voz ¡La aguja! ¡La aguja! (Dentro. Pequillas lánzase en esto velozmente por el otro lado, precipítase á la aguja, se coge á ella y la vuelve; el ruido del tren será en este punto como si pasase junto á la aguja con rugir del vapor y del pito. Clarilla lanza una exclamación y cae sin conocimiento.)

Peq. ¡Gracias, virgen del Carmen! (Queda cogido á la aguja, jadeante y loco de terror por el pensamiento de lo que pudo ocurrir y en actitud conveniente. Toda esta escena será rápida, precisa. El ruido del tren concluirá pronto, pero con gradación. Telón rápido.)

MUTACIÓN.

CUADRO VIII

Telón corto, de bosque.

ESCENA XI

BARATERO, BANDIDO 1.º, BANDIDO 2.º y BANDIDO 3.º

BAR. (Al Bandido 1.º dándole una bolsa con dinero.) Toma lo estipulado, y nada más te digo: yo estoy seguro de que se repartirá como Dios manda.

BAN. ¡Pero qué cosas se te ocurren! ¿Cómo es posible que mande Dios repartir un dinero ganado como se ganó este?

BAR. He dicho como Dios manda y no me equivoco: porque aquí... no hay más Dios ni más Santa-María que tú.

BAN. Me alegro de que estés enterado. (Arrimándose á él y mirando intencionadamente.) Ahí tienes la mecha; encendida y todo te la dejo. (Le aproximará de pronto á la cara una mecha encendida que toma de manos de otro de los bandidos y Baratero retrocede despavorido y haciendo visages.)

BAR. Corriente: largo de aquí, que estáis estorbándome ya.

BAN. Oye, ¿pero no podríamos saber á quién hemos servido?

BAR. Eso no; acuérdate de lo pactado.

BAN. Fácilmente me fuera enterarme.

BAR. ¿Y cómo? vamos á ver. ¿Cómo te enterarías no queriendo yo? (Con fingida arrogancia.)

BAN. Cogiéndote por el cuello y apretando, apretando hasta que vomitaras el nombre.

BAR. ¿A mí? ¿Por el cuello á mí? ¡Quisiera yo que te atrevieses! (Echándoselas de bravo.)

BAN. ¿Y por qué es esa curiosidad que podría costarte cara? (Amenazadoramente y yéndose para él con los brazos extendidos, como para cogerle por el cuello.)

BAR. Para... para pedirte por Dios que no aprietes mucho. (Retrocede temblando y sin poder hablar de miedo.)

BAN. Ja, ja. (Riéndose. Los otros bandidos se ríen también.) Lo dejaremos; después de todo, ha pagado religiosamente. Ea, muchachos; la del humo, que terminó la faena.

ESCENA XII

BARATERO.

¡Cuidado que soy yo prudente! Vea V.: si no es por mi prudencia, se arma un conflicto ahora; porque los cojo á los tres, los hago trizas y luego... (Corre espantado y se detiene después.) Me pareció que volvían. No, no es nadie. (Mirando al interior.) Si hubieran sido ellos... entonces sí que los hago pedazos... Por que yo soy así, una vez no quiso uno en la timba que cogiera el dinero; me voy pa él; le miro, le meto mano... y me dió dos gofetás. (Pausa. Dos gofetás tan grandes, que no sentí la segunda; tanto efecto me hizo la primera. Vamos al puente, que ya estará mi amo esperándome. (Mira á un lado y á otro y huye como si de pronto le persiguiera alguno.)

MUTACIÓN.

CUADRO ÚLTIMO

Un bosque; al fondo el puente. D. Julián mira presuroso á izquierda y derecha como si buscase.

ESCENA XIII

JUL. ¡Baratero! ¡Baratero! (Llamando irritadamente.) ¡Nadie! (Mira á la derecha.) De pensar sólo que la venganza podría escapárseme otra vez, mi sangre misma creo que me ahoga. Nadie se ve tampoco por el camino de la cruz. (Mirando por la izquierda. Aparece Baratero apresuradamente.) ¡Condenado! ¿Qué haces?

BAR. Llamé á los hombres para pagarles en otro sitio, porque no le encontraran á usted aquí.

JUL. ¿Han terminado ya?

BAR. Sí, y hubiese sido imposible con el poco tiempo de que disponían.

JUL. Pero ¿y los cajones de pólvora que encontrasteis abandonados?

BAR. Por eso mismo se pudo hacer... pero faltaban mechas...

JUL. ¿Y qué?... (Anhelante.)

BAR. Que se dejó un gran reguero de pólvora y el resultado será más pronto.

JUL. La pólvora se corre al punto; de modo que habrá que prender á la par que la máquina aparezca en el puente ¿no es así?

BAR. Así es.

JUL. Prepárate entonces para cuando yo avise.

BAR. Ay, señor... (Temblando.)

JUL. Ya es inútil todo y nadie podrá evitarlo.

BAR. ¿Y si Clarilla no cambia la aguja, porque tuviera un buen pensamiento?

JUL. Imbécil; porque lo tuviera malo, querrás decir. El bueno es cambiar la aguja y que perezcan todos.

BAR. Señor...

JUL. Conozco mucho el corazón de la mujer. Tendrá el buen pensamiento, como tu dices, pero será de seguro cuando haya puesto en práctica el malo. Así que vea lo que ha hecho podrá arrepentirse, pero estará mi venganza realizada muriendo todos á la vez. ¡Todos! Porque tú me has dicho que iban todos, ¿no es cierto, Baratero? (Reconcentradamente cogiendo á Baratero de un brazo y mirándole como si desconfiase)

BAR. Me lo dijeron así esta tarde, y á todos los he visto luego esperando el tren que viene de Sevilla.

JUL. Late mi corazón de placer; de un placer que nunca había sentido. (Mira el reloj precipitadamente.) He echado tres minutos en venir, falta uno.

BAR. ¿Podrán sorprendernos?

JUL. Escondámonos aquí, (Van á esconderse) que después huiremos fácilmente.

BAR. Estoy temblando, señor.

JUL. ¡Temblando!... (Con profundo desprecio.)

BAR. ¿Y las criaturas que morirán agenas á todo esto?

JUL. ¡Morirán! El verdadero crimen necesita también de su grandeza.

BAR. Señor... (Se oye el ruido del tren.)

JUL. Ya viene: prepárate á dar fuego cuando yo te avise. (Baratero está junto á las cajas con la mecha preparada.) ¿Estás?

BAR. ¡Sí!

JUL. ¡Oh instante! (Con terrible gozo, escuchando atentamente el ruido del tren que va extinguiéndose luego, con sorpresa tan grande por parte de D. Julián, como antes fué su satisfacción.) ¡Maldición! ¡No entra en el puente! (Notando que el ruido del tren se aleja.

En este punto divisa á Juanela y Pedro. El asombro y la ira de D. Julián, son espantosos.) ¡Qué veo! ¡ellos!

BAR. (Huyamos.) (Tira la mecha.)

JUL. (¡Ahora también perdí la partida! ¡Malditos seáis!) (Huyen.)

ESCENA XIV

JUANELA, PEDRO y DUQUESA, JACINTO y el Sr. CLAUDIO que les siguen.

DUQ. Tu deseo de rezar ante la cruz por última vez nos hace perder un día. (A Juanela, cariñosamente.)

JUAN. ¿Qué importa, si cumplí en cambio una aspiración de mi alma?

ESCENA XV

Dichos y PEQUILLAS.

PEQ. ¡Su hermano dosté!... Osté no sabe. (Entrando precipitadamente por la derecha y dirigiéndose á la duquesa.)

DUQ. ¿Cómo?

JAC. ¿Qué nueva infamia ha cometido?

PEQ. Clariya me la contao. Me fuí endetrá de ella. ¿Sacuerdasté? Bueno. (Sin aguardar contestación, con rapidez y ahogadamente.) Me encuentro á poquito al ayuante é don Julián, me escamo, lo sigo, me se pierde, güelvo otra ve y encuéntrome con Clariya que cambió la guja engatusá por el tío y sarrepintió despué. Llego, pongo bien la guja; el tren que querían traé al puente, pa que con el puente voláramos toos, siguió su camino y sacabó la historia.

DUQ. ¡Te debemos la vida otra vez, Pequillas!

JAC. Pero ese hombre ¿será siempre nuestra condenación? (Desesperadamente.)

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos, Don JULIÁN, luego CLARILLA.

(D. Julián, aparece en las rocas como con dirección al puente, para escapar.)

PEQ. ¡Allí está! (Señalando á D. Julián.)

JAC. ¡Miserable!

DUQ. ¡Dios mío!

JUL. ¡Duquesa de Barbastro, guerra sin cuartel! Me voy, pero apareceré de nuevo y moriréis todos. ¡Malditos seáis!

JAC. ¡Cojámosle; todos á él!

PEQ. Por aquí, por aquí. (Dirigiéndose como para buscar el puente y cerrar el paso á D. Julián. Clarilla aparece de pronto, coge la mecha y grita:)

CLAR. Quietos, que á mí no se me va. (Todos los personages se detienen dominados, temblorosos y demostrando la honda impresión consiguiente.) No puedo con vuestra dicha y moriré. (Inclinándose y prendiendo fuego á la pólvora.) Perdonadme, porque os libro también de ese hombre. (Por don Julián. Tira la mecha, escapa y arrójase al río.)

DUQ. y JUAN ¡Ay! (Viéndola arrojarse.)

CLAU. ¡A la barca! ¡A la barca!

CRIST. (Sale por el otro lado, corriendo tras Clarilla.) Aunque no me quiera, yo la salvaré. (Se arroja al río, se oye al mismo tiempo una gran explosión y salta el puente hecho pedazos. D. Julián, que no ha tenido tiempo de huir, cae envuelto entre las ruinas del puente. Escondiéndose entre las rocas donde subió, arrojará él mismo una contra figura.)

JUL. ¡Maldición! (Cayendo.)

JUAN. ¡Jesús! (Guareciéndose en los brazos de Pedro.)

PEDRO ¡Juanela! (Abrazándola.)
DUQ. ¡Era mi hermano! (Arrodillándose.)
JAC. ¡Valor! (A todos.)
PEQ. ¡Bien por Clariya!
CLAU. ¡Dios de eterna justicia, perdona á *Caín!* (Esta escena será rápida, pronunciando los actores sus frases á la par, si es posible, y quedando en la actitud de horror y sorpresa que corresponde.)

TELÓN.

NOTA, para la empresa ó director de compañía que quiera poner la obra sin espectáculo: suprímase el cuadro II en el primer acto; suprímase también el puente de la escena final, suponiéndolo entre bastidores, por la derecha, y colóquese algo que figure unas rocas, al fondo: el diálogo, es lo mismo hasta la escena última, que será en la forma siguiente:

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos, JULIÁN, después CRISTOBALÓN.

PEQ. Allí está.
JAC. ¡Miserable!
DUQ. ¡Dios mío!
JUL. (Apareciendo en las rocas como si huyera.) Duquesa de Barbastro, guerra sin cuartel; pero ya que no pude mataros á todos, muera mi mayor

enemigo. (Apuntando con una pistola á Jacinto. Al mismo tiempo aparecerá Cristobalón por otro lado, apunta á D. Julián con una escopeta que habrá sacado en la escena VII de este acto, hace fuego y dice don Julián. ¡Maldición! Cae desapareciendo entre las rocas.)

DUQ. ¡Jesús!

JUAN. ¡Virgen Santa, perdónale!

PEQ. ¡Bien por Cristobalón!

CRIS. No maté á Pedro, pero maté á quien hizo mala á Clariya y la volvió loca. (Desaparece.)

JAC. ¡Justicia del cielo, cuán grande eres!

CLAU. Consuélese el corazón, que si alguna vez surge en al tierra un *Cain*, hay muchas hermanas de la caridad en cambio, golondrinas santas que tienen su nido en los rincones de los hospitales, como los tienen las golondrinas en los brazos de la cruz y en los campanarios de los templos. (Levantando á la Duquesa, que habrá caído de rodillas, y abrazándola.)

FIN.

Obras de Martínez Barrionuevo

EL DECÁLOGO.

Amar á Dios (2.ª edición).	1'50	ptas.
No jurar.	1'50	»
Santificar las fiestas.	1'50	»
Honrar padre y madre..	1'50	»
No matar.	1'50	»
No fornicar (3.ª edición)..	1'50	»
No hurtar.	1'50	»
El falso testimonio.	1'50	»
La mujer ajena.	1'50	»
Los bienes ajenos.	1'50	»

La Condesita.	2	»
El Sepulturero de Aldoba..	3	»
La Generala (2.ª edición)	3	»
La Quintañones.	4	»
Señores de Saldivar. 2 tomos.	6	»
El Padre Eterno (2.ª edición).	4	»
Los grandes criminales. Cuaderno.	0'50	»
Andalucía, edición monumental. Cuaderno. .	1	»
Juanela.	3	»
Un libro funesto (12.ª edición)..	1	»
De pura sangre.	3'50	»
¡Misericordia!.	3'50	»

TEATROS.

Caín. Melodrama en tres actos.	2	»
Los Escuderos. Cuadro de Antaño, en un acto.	1	»
El gran escándalo. Sainete en un acto. . . .	1	»

PUNTOS DE VENTA

DE LOS EJEMPLARES PERTENECIENTES Á ESTA GALERÍA

MADRID

Librerías de los Sres. Hijos de Cuesta, Carretas, 9; Fernando Fé, Carrera de San Jerónimo, 2; Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6; M. Murillo, Alcalá, 7; Manuel Rosado, Esparteros, 11; Guttenberg, Príncipe, 14; Simón y Comp.ª, Infantas, 18; Escribano y Echevarría, Plaza del Ángel, 12; Viuda de Hernando, Arenal, 11; José María Faquineto, Olivar, 1; Miguel Guijarro, Preciados, 5; Perdiguero, San Martín, 6; Victoriano Suárez, Jacometrezo, 72; Sáenz de Jubera, Hermanos, Campomanes, 10.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Casa Editorial,* acompañando su importe en letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.

BARCELONA

En la librería de I. López Bernagosi, Rambla del Centro, 20.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR

En casa de los representantes de esta Galería.

Lisboa: Juan M. Valle, Rua Nova de Carmo, 45 y 47.

Habana: Manuel Durán, Oficios, 40.

Buenos Aires: Landeira y Comp.ª, Libertad, 36.

Barcelona: Tipolitografía de Luis Tasso, Arco del Teatro, 21 y 23.